

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

MARZO 1942

AÑO XII

BUENOS AIRES

S U M A R I O

GUILLERMO DE TORRE
*CENTENARIO DE STENDHAL: HENRI
BEYLE Y SUS ARDIDES CON EL FUTURO*

M A R Í A Z A M B R A N O
LA ESPERANZA EUROPEA

J. R. W I L C O C K
PÍRAMO

H. B U S T O S / D O M E C Q
LAS NOCHES DE GOLIADKIN

N O T A S

LOS LIBROS ☆ Eduardo Mallea: "El Sayal y la Púrpura",
por Ana M. Berry ☆ Joaquín Xirau: "Amor y Mundo",
por José Ferrater Mora ☆ Tristán Fernández: "Cárcel
de tiempo", por Raimundo Lida ☆ Victoria Ocampo:
"San Isidro", por Enrique Amorim ☆ Carlos Cossio:
"La plenitud del orden jurídico y la interpreta-
ción judicial de la ley", por Arturo Monfort ☆
Alfredo Coviello: "El sentido integral de
las universidades regionales", por Bernar-
do Canal Feijóo ☆ CINEMATÓGRAFO ☆
Victoria Ocampo: "La maestra de
los obreros", de Edmundo de
Amicis, en la pantalla ☆ LAS
REVISTAS, por M. V. P. y S. K.

CENTENARIO DE STENDHAL: HENRI BEYLE Y SUS ARDIDES CON EL FUTURO

El 23 de este mes de marzo se cumplen cien años tras la muerte de Stendhal. Pero, en realidad, su verdadero centenario se cumplió ya hace siete años, en 1935 —cuando, por otra parte, Europa podía darse aún el gusto de tales celebraciones. ¿Por qué en 1935? Para aquel año había fijado Stendhal su segunda y definitiva cita con la posteridad. Su primer comparecimiento anunciado, ante el mismo Tribunal, tuvo lugar en 1880. Muerto en 1842, la obra de Henri Beyle atravesó inmune cuarenta años de romanticismo y naturalismo para llegar a encontrar los lectores que no tuvo en vida. De uno de sus libros capitales, *De l'amour*, publicado en 1822, el mismo Stendhal declaraba, once años más tarde, que sólo había obtenido diecisiete lectores. “Debe de ser un libro sagrado —le aseguraba irónicamente su editor— puesto que nadie lo toca”. Un siglo más tarde de este desolador balance la contrastación opuesta sería aún más inverosímil: ni el más elemental aficionado a la psicología, en cualquier rincón del mundo, ignora su famosa teoría de la cristalización. Más fundadamente que André Gide hubiera podido, por consiguiente, Stendhal suscribir, con un siglo de anticipación, esta frase del autor de *Les nourritures terrestres*:

“Sólo escribo para ser releído y, en definitiva, no espero ganar mi pleito más que en segunda instancia”.

La “especulación sobre el lector futuro” es —como escribía Paul Valéry— uno de los rasgos capitales de la extraña personalidad stendhaliana. Henri Beyle descreía totalmente de su tiempo. Se sentía incómodo en sus límites mezquinos. Nadaba contra la corriente del “juste milieu”, que lo inundó todo, tras el ocaso de Napoleón, su héroe. Frente al estilo oratorio de Chateaubriand —su “bestia negra”— esgrimía la hoja buída de su estilo “hablado”. Y descontando la incompreensión de sus coetáneos, sólo le quedaba la solución de apostar ahincadamente sobre el futuro. Apostó, pues, y ganó. Por eso —escribe Rudolf Kayser— las obras de Stendhal tienen la significación de un billete de lotería premiado. Y enumera los tres reinados stendhalianos que se han sucedido. “El primero, y más débil, en vida del propio Beyle; el segundo, cuando le descubrió Nietzsche como uno de los mayores acontecimientos de su siglo; el tercero, nuestra época, de sorprendente parentesco espiritual con la suya, en su inquietud social y psicológica, y tan necesitada de dirección. Las etapas de la segunda época registran sustancialmente tres fechas: la publicación de las *Obras completas*, en 1853; la consagración de Nietzsche, quien le saludó como “el último gran acontecimiento del genio francés”, y la edición póstuma, en 1889, de los libros autobiográficos, *La vie de Henri Brulard* y los *Souvenirs d'égotisme*, que acabaron de precisar —en lo posible— su singularísimo perfil.

En cuanto a la tercera época, o sea la nuestra, precisar los innumerables testimonios de la devoción stendhaliana sería demasiado largo.

Bástenos con recordar que se llegó nada menos que a la fundación de un *Stendhal-Club*, donde se congregan los beylistas más entusiastas, y que el empeño sostenido de ahincados rastreadores y eruditos “detectives” no ha dejado por explorar ni el más oscuro rincón de su existencia. Y sépase que Stendhal pasó por la vida sembrando nieblas, arrojando cortinas de humo tras de sí, como el mejor ardid, como la más sutil añagaza para interesar a la posteridad.

Puesto que el autor de *La Chartreuse de Parme* vivió y escribió casi únicamente en función de la posteridad, a un siglo vista, cabría ahondar una nueva interpretación de esta extraordinaria personalidad rastreando en su obra y en su vida las tretas y los ardidés que utilizó para hacerse interesante e intrigar con pasión a los lectores futuros. ¿Cómo no ha de extrañarnos así una afirmación de Stefan Zweig cuando éste sostiene que Stendhal marca el otro polo del literato profesional, que era absolutamente desinteresado y que escribía enteramente por su gusto y capricho, sin ninguna mira ulterior? A primera vista, sí, tal parece — su sinceridad tajante y su desaliño formal inducen a creerlo —; pero cuando se examina más de cerca la vida de Stendhal y se lee entre líneas del *Journal de Henri Brulard*, adviértese que tal vez no hubo nunca ningún otro escritor en el mundo tan preocupado afanosamente de sus secuencias. No ya sólo por sus emplazamientos a la posteridad, sino por la serie de precauciones que adopta, no tanto para burlar a la policía austríaca o a sus enemigos, como con la mira de seducir e intrigar al lector futuro. ¿A qué, si no, puede conducir la minuciosidad de sus dietarios, el juego de los innumerables seudónimos que utilizó, las palabras traspuestas y las extrañas claves que verbenean en sus escritos? En efecto,

Henri Beyle —recordémoslo— no fué solamente Stendhal (nombre de una ciudad alemana que eligió “porque sí”); fué también César Bombet, Cottinet, Dominique, Don Flegme, etc. Con razón Paul Valéry —en las páginas que le consagra en su *Variéte, II*—, sólo ha visto en tales seudónimos y sus claves una comedia de criptografía.

Stendhal juega a disfrazarse ante sí mismo, infatigablemente. Reencarnó casi en una docena de personajes: el dandy, el hombre razonador y frío, el “amateur” de pintura y de música, el soldado napoleónico, el amante apasionado. Apareció inclusive durante cierta época de su vida metido en la blusa de un dependiente de comercio, en Marsella. No importa: todos esos disfraces y ocultaciones han sido descubiertos sagazmente. ¿Imaginaría Stendhal que cada nuevo avatar suyo iba a aguijonear la curiosidad del lector futuro y constituiría un incentivo más para el estudio y la revisión de su persona y su obra? El gusto de enmascararse lo llevó Stendhal hasta su propia tumba, hasta redactar la famosa inscripción donde muda de patria: “*Arrigo Beyle — Milanese — Vissi, Scrisse Amò. — Quest’ Anima — Adorava — Cimarosa, Mozart e Shakespeare*”. Bien intuía, al menos, que en realidad era oriundo de un país donde sobre todos los cultos prevalece el literario. Su caso es supremamente demostrativo de la curiosidad, de la atención desvelada que puso Francia en redescubrir, conmemorar, festejar a sus héroes literarios. Cuanto más ocultos fueron, mejor. La dificultad aguza el fervor de estos sabuesos seguidores de pistas y pacientes reconstructores de existencias. ¿Fervor de “capillas”? La experiencia —como escribía Valéry a propósito de Stendhal— ha hecho ver lo que éstas tienen de

bueno. Y cómo los cultos que tales “capillas” inventan traspasan las fronteras y tocan el corazón de muy lejanos fieles.

Sería difícil, por no decir imposible, descubrir a la hora actual algún aspecto inédito de Stendhal, ya que hasta sus cuentas de la lavandera han sido publicadas. . . . Desde Casimir Stryenski hasta Henri Martineau toda una legión de investigadores no ha cesado de rebuscar el menor detalle de su vida o el más remoto aspecto de su obra. Sin embargo, he aquí que sin tener el honor de pertenecer a dicho gremio, puedo quizá desbrozar una posible nueva faceta stendhaliana: su españolismo. Pues aunque el creador del cosmopolitismo literario no estuviera nunca en España, no por ello dejó de pensar en ese país, asociándolo en sus predilecciones a Italia. Efectivamente, en las *Memoires d'un touriste* pueden leerse estas líneas, que datan de 1837: “Admiro grandemente la vida privada del español. Al igual que el napolitano, el español piensa que vale más llevar un traje agujereado por los codos que trabajar quince horas por día, según hace un inglés, para procurarse uno nuevo; confesaré que soy de su opinión”. Imaginemos —no cuesta nada— un momento que, en vez de Civita-Vecchia, Henri Beyle hubiera logrado de su poderoso pariente el Conde Daru un consulado en Cádiz. ¡Qué capítulo más sabroso no podría agregarse hoy a la galería de España vista por los extranjeros!

GUILLERMO DE TORRE

LA ESPERANZA EUROPEA

En el hecho de que en cualquier parte a donde volvamos la vista nos encontremos una cultura, y de que nunca haya existido el hombre en estado de naturaleza y, todavía más, de que este "estado de naturaleza" haya sido una de las utopías europeas, podemos ver que el hombre es una extraña criatura que no tiene bastante con nacer una sola vez: necesita ser re-engendrado. Lo que se llama "espíritu" bien puede ser esta necesidad y potencia de re-engendramiento que el hombre tiene, mientras que a las demás criaturas les basta con nacer una vez.

Toda cultura viene a ser consecuencia de la necesidad que tenemos de nacer nuevamente. Y así la esperanza es el fondo último de la vida humana, lo que reclama y exige el nuevo nacimiento; su instrumento, su vehículo. Y por eso el ser humano no descansa; porque todas las veces que en sucesivas culturas ha vuelto a nacer, no ha podido lograr el nacimiento definitivo, ya que en ninguna de ellas ha encontrado, ni puede encontrar, quizá, ese *ser* entero y acabado que va buscando.

Todas las culturas realizadas, y aun las utopías, son ensayos de *ser*. Y las formas que han alcanzado una mayor vigencia son las que se han ceñido más estrictamente a la estructura de la vida humana, siempre en esperanza de renacimiento. Tal Europa. O por haberla aniquilado en su raíz, Asia. Pues Buda sólo se propuso cortar el anhelo de renacer que la creencia en la metempsicosis presenta, como su-

cesivas encarnaciones de cada hombre individual, encubriendo así la gran verdad de que toda existencia aquí en la tierra, nada más que para vivir en la tierra, necesita de un renacimiento.

La perdurable cultura oriental parece haber nacido, pues, del ansia de des-nacimiento; la europea, del renacimiento. Y por eso la historia europea es más historia que ninguna otra hasta el presente, porque, además de la violencia o afán de existir, tiene la conciencia de esta esperanza, al descubierto. Y aun porque su esperanza ha sido la de renacer constantemente aquí en la tierra, tomar a la tierra como escenario de su resurrección. Todas las demás culturas, la griega inclusive, cuando pensaban en pervivir, era más allá de la tierra. O no tenían ante sí, transparente, la esperanza de resucitar, o la trasladaban más allá: a la inmortalidad. En suma, que la creencia fundamental europea engendrada por su esperanza de resucitar ha sido la vida eterna, la resurrección; pero en este mundo. En este mundo siempre, aunque se haya soñado en el otro, aunque se haya creído en el otro.

El protagonista europeo, pues, el sujeto de su vida histórica, de su cultura, ha estado engendrado por una lúcida esperanza. Esperanza que le ha hecho habitante de dos mundos de la más rara manera que haya podido darse.

¿Quién es este hombre, este protagonista? ¿Cómo nació? ¿En qué momento, en qué lugar podemos sorprender su nacimiento? ¿Y cuáles han sido esos mundos en que ha habitado? ¿Y cómo se han mantenido milagrosamente entrelazados entre sí?

NACIMIENTO DE EUROPA

Por raro que parezca, es posible fijar casi al año la fecha del nacimiento de la cultura europea, la salida a luz de su protagonista, del

hombre que con sus ansias expresadas va a determinar inexorablemente el curso posterior.

Hay un personaje que siempre ha fascinado a las mentes europeas, y que, por el lugar geográfico de su nacimiento, no es propiamente un europeo. Y ello mismo servirá a Europa. Este gran hombre es San Agustín. Su vida, hecha transparente por las *Confesiones*, nos ofrece, en su concreción personal, el tránsito del mundo antiguo al mundo moderno. Sus *Confesiones*, en verdad, nos muestran en estado de transparencia el doble proceso coincidente de una conversión personal que al propio tiempo es histórica. El tiempo mismo se confiesa en él. Y lo que cambia no es tanto el alma de San Agustín, sino el alma del mundo antiguo que se convierte en el nuevo. Es una conversión histórica o, si se prefiere, la salida de una crisis, de la crisis en que el mundo antiguo —filosofía griega y poder romano— muere para pervivir, es cierto, pero en otra forma.

El mundo antiguo del que San Agustín sale, no muere en sus esencias más verdaderas; va a formar precisamente la nueva cultura que se llama Europa. Entonces uno se pregunta: ¿Dónde está el cambio? ¿Qué es lo que nace? Y, ¿qué ha muerto? Si la filosofía griega y el derecho romano, hasta la estructura de su poder, van a persistir en la Iglesia católica: ¿qué es lo que ha cambiado? Pero es el hombre, el hombre engendrado por una nueva fe, por una creencia, por una nueva dirección de su esperanza. Lo que ha cambiado propiamente es esa esperanza, fórmula del nuevo nacimiento. Y así se explica que el Cristianismo, la nueva fe, que había nacido en su puro nacimiento lejos del esplendor de los sistemas filosóficos y que con San Pablo verificó la revolución más atrevida de los tiempos, asimilara con tanta velocidad la filosofía y las fórmulas imperiales romanas. Nada de esto estorbaba ya, convertido en instrumentos para el hombre nuevo que había aparecido en la historia. Porque esta asimilación de lo antiguo sucedió

cuando ya el hombre nuevo, la nueva dirección de la esperanza, se había revelado plenamente; cuando ya este hombre estaba enteramente formado. Y eso lo podemos ver en San Agustín.

San Agustín ha atraído siempre tan fuertemente porque es el primer “Padre” en una era de “padres” en que se supo más que nunca que el hombre necesita ser re-engendrado; en que la voracidad del instinto carnal fué reprimida en la castidad, para dar paso a la fecundidad solitaria del espíritu, que tenía que dar a luz al nuevo hombre. San Agustín ha sido el padre de Europa, del protagonista de la vida europea.

Toda resurrección no es sino la trasmutación de algo que sigue siendo lo mismo, pero que ya no puede permanecer ni un instante más en su ser, y así de pronto, en lo más escondido, encuentra una nueva inspiración, encuentra que su esperanza y su desesperación andaban erradas, o eran demasiadas difíciles, y descubre otras nuevas. Esta trasmutación de esperanzas y desesperaciones es la que nos muestran las *Confesiones* de San Agustín. Y con ello vemos bien claramente, con sencilla evidencia, que una cultura humana no es sino un sistema de esperanzas y desesperaciones. Por eso, cuando se tiene el acierto de fundar una, las esperanzas dispersas se unen y atan en un sistema. La vida humana es sistemática, mas no de razones y sinrazones, sino de esperanzas y desesperanzas. A veces su funcionamiento se ha enredado y se hace imposible. Entonces el hombre agoniza, se debate y empieza a buscar, porque no sabe qué esperar. “Porque lo que hemos de esperar no lo sabemos y así el espíritu gime con gemidos indecibles”, dice San Pablo, quien supo más que nadie de la desesperación, y de la esperanza que nace sobre ella. En San Agustín el hombre nuevo ha nacido ya; ya sabe lo que tiene que esperar.

Esperanza que prendió en San Agustín, absorbiendo la desesperación y la esperanza antigua. Por eso fué una resurrección en que el mundo antiguo pudo al fin vivir en algunos de sus aspectos, mejor de lo

que soñara. Pues merced a esa resurrección verdadera, Platón y Plotino (que acababa de morir en la soledad más sola que haya podido darse) encontraron vigencia efectiva, o como se diría hoy, llegaron hasta el “corazón de las masas”.

LA ESPERANZA ANTIGUA Y LA ESPERANZA CRISTIANA

Porque lo prodigioso es que se haya salvado también la esperanza antigua, la esperanza griega, que la cultura griega no había podido salvar. En este sentido, Europa es hija fiel y afortunada de Grecia; no ha roto con ella, sino que, como todo hijo o discípulo, lleva a realidad, encarna la esperanza del padre o del maestro.

¿Cuál era la esperanza griega que San Agustín va a salvar en medio de la desesperación? La verdad es que se ha recubierto el pesimismo griego con grandes guirnaldas de flores, con que la imaginación europea ha revestido a Grecia, infantilizándola. Nada menos cierto que esa Grecia bucólica, que esa Grecia “pagana” con que los parnasianos de todos los tiempos han revestido sus sueños de “un mundo mejor”. Pues Grecia ha servido al europeo para proyectar hacia ella lo que le faltaba, el lado en sombra y en desgracia de su vida. Hacia Grecia han ido los ensueños reprimidos, y Grecia ha sido el nombre que muchas veces ha llevado la nostalgia europea, y sus imposibles anhelos.

No, la vida griega —como ya eminentes investigadores, historiadores y filósofos han demostrado— tenía un fondo de pesimismo¹. Un pesimismo existencial que explica muy bien el aspecto objetivo de la razón griega, el cómo su filosofía no fuese a buscar más que verdades generales, universales, sin demasiado esfuerzo para abrir paso al hom-

¹ Nietzsche, Rodhe, Buckhardt.

bre. Con frase de Max Scheler podemos decir que al griego no le ha interesado excesivamente ocupar su "puesto en el cosmos", aunque en verdad lo ocupó en el sentido más objetivo de la palabra, es decir, más racional. El griego tuvo sed de razón, precisamente por su disgusto de la vida, por su casi horror a ella. En ninguna parte de su poesía podemos encontrar un himno de acción de gracias por haber nacido; y los cantos a la vida son funerarios. El culto a Dionisos, dios de la vida, no es un culto alegre sino terrible, y el mismo Dios adquiere bien pronto un aspecto de Dios cthetónico, de Dios de los infiernos. La vida no era una ventura, ni mucho menos, ni tampoco un valor. En realidad no haría falta investigación alguna, histórica ni filosófica, si no nos hubiésemos obstinado en verter sobre Grecia nuestros anhelos de felicidad. Bastaría con haber contemplado, aun en simple y pobre reproducción, el rostro infinitamente melancólico de un fauno, la más "paganana" de sus criaturas; bastaría con tener presente el severo y casi rencoroso rostro de la virgen Palas, tan arisca y guerrera; bastaría la severidad melancólica de esa bellísima cabeza de la más ilustre de sus hetairas, Aspasia, para percibir el pesimismo, como negro telón de fondo, en el paisaje de tan espléndida cultura. Y más aún: podría aventurarse una sospecha vivísima: en todas aquellas culturas en que la belleza importa tanto, tanto como en Grecia, se encuentra presente el pesimismo. Las culturas vitales modernas y el cristianismo antiguo, con su fuerte esperanza de vida eterna, no han sentido esa apremiante y absorbente necesidad de belleza que apuraron en su perfección; encerraba una protesta, una rebeldía contra la mezquindad de la existencia humana, y era un reto (el único permitido sin proceso) a la envidia de los dioses olímpicos.

El griego no tuvo nunca vocación para la vida; la tuvo para la razón, para la belleza, para cosas que sólo alcanzarían su ser en un lugar que no es la vida ni la muerte tampoco, sino la inmortalidad. Por eso

descubrieron la inmortalidad, que en ellos tiene más claridad y fuerza que en parte alguna. Y este descubrimiento y afianzamiento revela su genio positivo y creador: horrorizándoles tanto la vida como la muerte —que eso es el pesimismo— descubrieron la inmortalidad, suerte de transmundo; descubrieron el *ser*. Ser que es contrario en cierto modo a la vida. Todos los pueblos o culturas vitalistas rechazaron la idea de *ser*, y nunca hubieran podido descubrirla; porque el *ser* está más allá de la vida y de la muerte, como la razón, como la pura belleza de la que sus mármoles nos envían el reflejo.

Y así hoy se nos figuran seres aristocráticos, verdaderos desterrados y venidos a menos, para quienes la existencia resultaba algo demasiado grosero, a lo que no estaban preparados, ejemplares espléndidos de una raza extinguida. Con todas sus pasiones tan vivas y al descubierto, los vemos más allá de la vida, sintiendo siempre la injusticia de haber nacido, con su incurable sed de razón, de orden, de transparencia, llenos de vocación para la luz y la verdad; para el *ser*.

Dicho está que la esperanza, para los griegos, residía en la razón, en el camino abierto por la razón, y que a ella se agarraron en el camino de salvación que fué la filosofía. La escuela de Alejandría nos muestra el último esplendor de esta cultura, el grado extremo a que había llegado y desde el que ya no podía retroceder, ni tampoco seguir adelante.

La esperanza cristiana, en cambio, es una réplica a otra desesperación: la desesperación que se obstina en vivir y que en medio de las mayores desdichas aún se queja de su ser perecedero. “Acuérdate ahora de que como lodo me diste forma, ¿y en lodo me has de tornar?” “Acuérdate que mi vida es viento y que mis ojos no volverán a ver el bien”. Desesperación que se obstina en vivir; hambre de vivir consumiéndose, no hambre de orden ni de razón. “Y después de deshecha esta mi piel,

aun he de ver en mi carne a Dios” —dice Job— y prosigue: “Al cual yo tengo que ver por mí, y mis ojos lo verán y no otros, aunque mis riñones se consuman dentro de mí”.

Era la desesperación, la rabia de vivir que esperaba a Cristo, al conciliador, al que había de traer resurrección y vida eterna. Y tal obstinación traía un menosprecio de la razón, pues no era cosa de razones, y, aun cuando Job las pide a la divinidad, no son razones al estilo griego; son razones personales, razones de un alguien a otro alguien, razones de vida.

Pero cuando el cristianismo prendió en el suelo de la cultura del mundo griego y romano, había, además, otra desesperación; la desesperación del mundo antiguo, más bien el *desengaño* de la razón. El hombre de la calle, el que no se sintió con valor para ser mártir de la filosofía al estilo neoplatónico, no tenía a qué agarrarse. El cristianismo se pudo confundir, por eso, con el cinismo, por su desesperación de la razón, por su desesperación de la verdad, de tan diferente raíz, es cierto, pero que podía tener una pareja apariencia.

La razón, aun en su esplendor máximo, no pudo engendrar al hombre nuevamente; lo dejaba en soledad y en desamparo. La crisis del mundo antiguo, bajo esta cara, bien puede llamarse la impotencia de la Filosofía. No es éste el momento de mostrarla en sus rasgos más esenciales, pero es evidente que cuando San Agustín nos relata sus pasos por las Escuelas, su avidez de saber y su inquietud, nos relata este suceso, el vacío de la filosofía antigua, en la cual sólo podía hallarse sentido engendrador abrazándose con el heroísmo de un Plotino. Por el momento, los filósofos no podían ser padres. Y, sin embargo, bien pronto van a serlo, tanto como los otros, como los así llamados por virtud de la nueva fe del hombre nuevo.

Sobre estas dos desesperaciones iniciales, desesperación de la vida, melancolía y desgana griega, y desengaño de la razón para el hombre vulgar que no tenía adónde agarrarse en ella, pues se le exigía morir en vida para ser filósofo, sobre este sistema de la desesperanza y del fracaso de la filosofía, se abre camino San Agustín.

Sus dos libros más celebrados marcan el itinerario: de *Las Confesiones* a *La Ciudad de Dios*. En uno encontramos al protagonista que buscábamos. El otro es el mundo hacia el que se dispara, el mundo que se echa a buscar. Y tenderá a ir por “las confesiones”, desde “las confesiones”, a la “Ciudad de Dios”.

Nadie había hecho confesiones, nadie había vivido en confesión hasta entonces. Aun la tragedia griega hablaba de las pasiones y de los nudos más oscuros y espantosos con esa especie de indiferencia, con ese algo así como el lavarse las manos de Pilatos, gesto tan del mundo antiguo. La tragedia griega podía ser y era seguramente un lavatorio, una purificación, pero con ella se buscaba, como en algún género de confesión moderna (el surrealismo), la objetividad; se buscaba algo que la filosofía daba por supuesto, algo que esté en sí mismo, donde hallar sitio y apaciguamiento. En la confesión agustiniana se ha ido en busca de la verdad, de una verdad que incluye la objetividad y aun la sostiene, pero que está viva, porque es el Dios de la creación y de la Misericordia. Mas una vez que ha encontrado la verdad, vuelve hacia atrás para mostrar su “corazón transparente”. Porque al mismo tiempo que ha encontrado la verdad, se ha encontrado a sí mismo, y se muestra con alegría, con la alegría de haber nacido.

Y es que la vida necesita sernos revelada por esto mismo de que no estamos acabados de hacer, de que no somos. Si fuéramos de una vez y por entero, si reposáramos en nuestro ser íntegro y logrado, no

tendríamos necesidad de transparencia. Y siempre que se abre una nueva dirección de la esperanza hay que buscar nuevamente la transparencia.

Dentro del área de la cultura europea, al menos, cuando la revelación es parcial, o se retrasa, o no es aceptada, la vida se convierte en una pesadilla, según nos dice Baudelaire con poética exactitud. La padecemos sin entenderla, siendo su objeto más que su sujeto, y así el hombre viene a perder su dignidad última: ser sujeto de su vida. Dignidad que no es añadida a su realidad, pues si en la crisis sentimos que perdemos peso, entidad, que nos des-realizamos, es por falta de saber y claridad acerca de nuestra propia vida, que al perder claridad pierde realidad.

Por no estar enteros, necesitamos saber acerca de nosotros mismos, porque ese saber nos lleva a ser. Ser del que la vida es la posibilidad, el conato. Con la revelación de la vida salimos de la obscuridad y de la dispersión. Y quien sale es ese otro que proyectamos ser, al que tendemos. La confesión, más que ningún otro género literario, muestra lo que la vida tiene de camino, de tránsito entre aquel que nos encontramos siendo y el otro hacia el que vamos.

Sin duda que si esto es verdad, es condición de todos los hombres. Pero el europeo, hijo de San Agustín, lo ha necesitado más que ningún otro, porque más que ningún otro se decidió con increíble audacia a realizar lo que esperaba. Y porque, además de esperanza, tuvo voluntad, decisión, frenesí, en la creación de su proyecto. Y a mayor intensidad de la esperanza, y más todavía si llega a ser sostenida por una voluntad, mayor necesidad de claridad, porque la vida es más profunda, cobra dimensiones. Cobra como una dimensión que la complica y que diríamos que es como una profundidad hacia arriba o más bien hacia adelante. Abarca más tiempo al lanzarse tan intensamente hacia el futuro. Porque el que vive con la esperanza de desandar, de volver

atrás, como en las culturas de Oriente, o el que no se ahinca demasiado en la propia existencia, como parece ser que les ocurría a los griegos, necesita menos de la revelación, de saber acerca de sí. Ya que este saber acerca de sí hace falta cuando queremos nacer nuevamente, resucitar, y no ya una sino todas las veces que haga falta, hasta lograr ser enteramente.

EL HOMBRE NUEVO.

Y de aquí que el hombre europeo, el protagonista de su cultura, sea por lo menos dos; que cada hombre, y no por especial genialidad ni particular complicación, sino por vivir en este sistema de vida, lleve a otro dentro de sí. Aquel de quien huye, el yo en sombra, el que vive en desprecio, del que nos avergonzamos, el que irónicamente reconocemos como contrapartida obstinada de nuestro proyecto, y aquel otro de nuestros sueños con el que llegamos a confundirnos en los momentos afortunados, en esos raros momentos en que nos parece que de veras vivimos y somos.

La confesión, al revelarnos el camino entre uno y otro, entre el yo obscuro y el que ha alcanzado su unidad en su transparencia, hace posible la realización. Por falta de ella, por falta de reconocerse la conciencia europea última, por falta de buscar ese personaje, el de las últimas esperanzas de este período, la existencia se había hecho una pesadilla. Una pesadilla de la que remedios como el freudismo, revelación psicológica, nada podían aliviar. Porque el psicoanálisis válido para el hombre europeo hubiera sido mostrarle aquel que quería ser, el que necesitaba ser, que su personaje en sombra rencoroso perseguía. Porque hay veces que el hombre se llega a sentir caricatura de sí mismo, y su vida, más que como una pesadilla, llega a ser sentida como una mueca, réplica de un espejo grotesco. Y éste es el peor y más grave

de los “complejos”: el que engendra el rencor. “Lo reprimido” es lo que no somos, es cierto, lo que no vivimos, mas no por no haberlo dejado atrás sino por no haberlo alcanzado. Y la mayor necesidad de todas las biología psicológicas es sentir alguna vez que coincidimos con nosotros mismos; sentir, aunque sea de momento, que el personaje que camina delante de nosotros se ha hecho visible y se ha dejado alcanzar por este otro que nos hemos encontrado siendo, sin haberlo buscado.

Es el tono dramático y también la riqueza inmensa de la vida europea lo que hacía que tuviera siempre ese clima a veces demasiado tenso, intolerable. Al hablar con un europeo se habla con un conflicto, con alguien que se desvive por vivir, que se borra y se vuelve a dibujar. “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”, dice San Pablo.

LA INTERIORIDAD

Este hombre nuevo, es el interior: “Vuelve en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad”. El hombre europeo ha nacido con estas palabras. La verdad está en su interior; se da cuenta por primera vez de su interioridad y por eso puede reposar en ella; por eso es independiente, y algo más que independiente, libre.

Recobra su interioridad. Si observamos a los estoicos, ¡con qué cautela hablan del “ánimo”, como de un enfermo crónico al que hay que acallar y dormir! En el estoicismo, que tanta vigilia exige, por otra parte, hay un cuidado de mantener quieto y aun dormido algo terrible. Porque esta interioridad no tiene medida; si en ella se encuentra la verdad, también ese punto que la refleja en algún modo tiene que participar de su infinitud. Y así es: ser persona cristiana es ser infinito y sin medida; ser individuo estoico es tener una medida, es estar sujeto a un límite. El estoico toma de la vida la “carga proporcionada a sus fuer-

zas”; como dice Séneca: “Hay que buscar que lo que soporta sea más fuerte que lo soportado”; el hombre es una criatura bajo la noción de cantidad, porque no había noción de creación.

La persona cristiana, en cambio, no tiene límite, ni para sus fuerzas, ni para su vida, ni para su muerte. Hay algo en el hombre que todo lo traspone y trasciende; ser hombre es poseer esta interioridad que lo trasciende todo, esta interioridad inabarcable. Por eso una persona, un cristiano, es como una perspectiva infinita que no se agota jamás en ninguno de sus actos ni en todos ellos juntos; es lo que está siempre más allá; está en el fondo, tiene fondo. Por eso necesita revelarse, confesarse, y jamás se agotará, jamás quedará dicho, porque su ser verdadero reside detrás. Fondo inagotable que jamás se vaciará por mucho que la confusión insista. Es la interioridad atormentada y que no reposa, pues de ella mana ese hombre interior que quiere realizarse aquí abajo, ese clamor desde lo profundo por ser; que una vez hallada la verdad quiere existir en ella y dentro de ella, existir siempre.

EL CORAZÓN

Mas el hombre no es espíritu puro, y San Agustín nos presenta al hombre entero y verdadero, es decir al hombre real de carne y hueso, cuya revelación constituyó el verdadero escándalo. Pues cuando habla de sí y se revela, es no sólo de la interioridad donde la verdad se encuentra, sino de todo su ser, si bien no necesita naturalmente acudir a descripciones psicológicas para las que tan refinada percepción poseía. Mas no se trata de eso, sino de dar a luz, liberándole por completo, al hombre que bajo el mundo antiguo no tenía lugar para vivir. Y si ha encontrado la verdad en el abismo de la interioridad, esta interioridad tiene una parte terrena, animal tal vez, tal vez humana, algo así como la tierra en

que el espíritu va envuelto, algo que cuando se pone opaco obscurece hasta el brillo mismo de la verdad, algo que turba y enajena, algo que San Agustín encontró perdido: el corazón, el corazón humano.

San Agustín señala el arranque de su confesión diciendo: “así pues abotargado mi corazón y a mí mismo transparente”. Y también invoca a Dios para que “me recojas de aquella disipación en que anduve dividido en mil partes, cuando apartado de Ti, Unidad soberana, me disipé entre las criaturas”. Agustín repara en su corazón porque ha tropezado con él, porque llevado por él se ha perdido, y se ha perdido entre las cosas, se ha partido en tantos pedazos que ya no sabe dónde estaba ni quién era.

El corazón se encuentra en dispersión y confusión siempre; cuando nos damos cuenta que lo tenemos es que anda en otro, que se ha enajenado. Pero esta dispersión y esta obscuridad —“Abotargado mi corazón”— piden claridad y unidad. Y sólo el hallar la verdad, enamorándose de ella, la alcanza. “El hombre superior utiliza su corazón como un espejo” dice Taoteking. El corazón limpio y reunido ha dejado de ser un estorbo para ser un medio, un medio de encontrar y poseer la verdad, reflejándola.

Pero San Agustín no revela el corazón para hacer de él exactamente un espejo sino algo más activo. Es el amor lo que le va a conferir la unidad, el tener la verdad enamorándose de ella.

Y por esta transparencia del corazón que es su revelación, San Agustín va a resultar mucho más herético con respecto a la cultura antigua que por ninguna otra cosa. Es lo nuevo y hasta lo “bárbaro”. ¿De dónde le viene a San Agustín hablar así del corazón y proclamar su participación en cosa tan alta como la verdad? Que la verdad penetre en cavidad tan obscura como el corazón humano era algo anticlásico. Pero es que San Agustín, a más de ser cristiano, era africano, casi español. Y vino a nutrir a Europa acercándole la sabiduría de esa olvidada y

relegada África. La vieja nodriza de piel obscura que queda en el rincón de la casa contemplando al hijo crecido que se alejara cada vez más de ella. Olvidada nodriza de Europa, con su sabiduría humilde y antigua de madre y de hechicera a un tiempo. En su soberbia, la cultura europea ha olvidado lo que le debía y ha olvidado también este cuidado del corazón, y así se le ha ido cerrando. Y ha vuelto la situación del antiguo Imperio Romano, en que el hombre, desalmado bajo la razón y bajo el poder, sentía la existencia como una pesadilla.

Como una pesadilla era la existencia, según dice Lucrecio en su comedido verso, y había síntomas tan tremendos como la penetración de los cultos orientales en el Imperio Romano para ocupar el vacío de los suyos. Pues al fin en aquellos cultos extranjeros se tenía que sentir la gota de aceite llena de sabiduría, que evita, dada a tiempo, la cerrazón de las entrañas, su petrificación. Y el hombre, ser de interioridad, no puede permanecer mucho tiempo con ellas cerradas o vacías. Y en el espíritu, la esperanza queda aprisionada en ellas, y aun se vuelve contra sí; no la rodea un corazón transparente que ha sabido reunirse en unidad.

Es la sabiduría menos europea, la que Europa menos ha aprendido. Todavía en algunos rincones de España, vecinos a África y de idéntico paisaje, el peor insulto lanzado a un individuo es el de “desalmado”, o “desmadrado”, que quiere decir lo mismo ¹. Y el hombre europeo, lejos de su origen, con las entrañas cerradas, opacas y confusas, se ha hecho un desalmado.

Obscuridad del corazón que le desorienta y le hace andar perdido, pues ya no distingue entre aquél que quiere ser y aquél de quien huye. Porque el corazón confuso se declara en rebeldía y es la fuente del rencor. Cuando se nubla, el corazón se hace pesado, pesa como la peor

¹ Según el investigador cubano Fernando Ortiz, esto sucede también en la cultura africana llevada a Cuba por la esclavitud.

carga, al par que anda vacío. Y es difícil sostener esta vacía carga sin odiarse, no hallando consuelo de haber nacido, que no otra cosa es el rencor.

DOS MUNDOS

Y así como el hombre europeo, revelado en la confesión agustiniana, vive en conflicto entre el que quiere ser y el que es, y necesita para ello la claridad de su corazón, así anda también entre dos mundos. Dos mundos: ninguno de los dos es encontrado.

Porque tiene de común con el hombre de todos los tiempos la necesidad de hacerse su casa, de crearse su propio medio. Y en este sentido toda criatura humana los tendría, y no especialmente el europeo. Pero de su interioridad inagotable, de su esperanza de resurrección aquí en la tierra, ha brotado la exigencia revolucionaria de un mundo, de una ciudad ideal siempre allá en el horizonte. Es su ansia histórica. El querer substantivar sus sueños, el creer en ellos de alguna manera.

Por eso la historia es más historia en Europa que en otra parte, por esta importancia definitiva del horizonte, por la creencia en los propios sueños que corresponde al afán de salir de sí. Afán de salir de sí más fuerte cuanto más clara conciencia se tiene de la interioridad. El hombre interior no camina hacia la santidad, camina hacia la historia, quiere salir de sí para realizarse acá en la tierra, pero al mismo tiempo sabe, ha sabido hasta hace poco que tal cosa no sería en modo alguno realizable.

El esfuerzo del hombre europeo ha sido la infatigable tensión de tender a un mundo, a una ciudad siempre en el horizonte, inalcanzable. El paisaje europeo es puro horizonte, sobre todo en algunas de sus más nobles tierras, como la de Castilla. La historia es puro horizonte.

Es el constitutivo idealismo del europeo que ha precedido al idea-

lismo propiamente dicho, en su versión alemana, última y extrema versión que no hubiera sido posible sin el idealismo de base y raíz con que comenzó a existir el hombre europeo, y que es como la condición de su vida, su íntimo sostén.

Idealismo que se concreta y verifica en esa apetencia, necesidad de tener ante la vista un mundo, de vivir hacia él, gravitando más hacia la posibilidad, teniéndola más en cuenta que a la realidad misma.

Es el vivir proyectando, creyendo más en la realidad del proyecto que en la visible pendiente de lo invisible y de su realización. Es sentirse habitante de otro mundo. “Mi reino no es de este mundo”, se lee en el Evangelio. Y esta verdad le hace al europeo sentirse más desterrado que hombre alguno se haya sentido, porque en vez de anular su voluntad, o de aquietarla, la ha mantenido libre, libre para querer que ese reino baje a este mundo. Preso en su doble amor: al mundo invisible, al horizonte, y al de acá abajo, en el que tenía fija su voluntad. Al personaje que nace con el “hombre interior” de San Pablo, corresponde este nuevo mundo por él exigido. Es el fondo utópico, esencialmente utópico de la historia europea, la substancia de su sueño que ha sido primero como el horizonte que enmarcaba su realidad y que, a medida que ha transcurrido el tiempo, ha ganado la voluntad europea para ser llevado a la realidad.

Fácil sería demostrar que desde las Cruzadas hasta los últimos conatos de Revoluciones, la historia de Europa ha estado movida por utopías, por grandes imposibles. Y, sin embargo, de esos delirios ha salido la historia efectiva. Y más aún que como realidades, bien triste si se las mira sin dejarse deslumbrar por su gloria, conmueven por lo que tienen de monumentos funerarios de las esperanzas europeas, mejor dicho de las concreciones que en formas de empresas ha tomado la esperanza europea. Son sus rastros, las huellas en la arena del tiempo de su anhelo. Son las cenizas de sus sueños.

Y por ello el mayor valor será siempre el hombre que está detrás de la empresa y de toda la historia europea, historia de un gigantesco fracaso, de un fracaso único en que los éxitos suceden tan sólo y no más que para permitir la continuidad. Son éxitos mínimos que permiten seguir adelante con los fracasos. Y la mayor gloria es que así sea.

Toda la historia es un fracaso porque la esperanza que la ha movido es imposible de realizar. San Agustín nos dió su paradigma, el paradigma del cual todas las ciudades europeas, las que hay y las que desaparecieron, serían su atrevida copia: “la Ciudad de Dios”.

LA CIUDAD DE DIOS

La Ciudad de Dios, en San Agustín, es la ciudad eterna que se opone a la ciudad de los hombres, es la ciudad donde mora la verdad, pero el corazón europeo se ha enamorado de ella y quiere realizarla. La quiere resucitar aquí abajo, en el tiempo. Y el imposible de toda la historia es haber querido la ciudad de Dios; eso ha hecho su historia tan sangrienta y sembrada de catástrofes, tan inquieta.

Es la Ciudad de Dios paradigma de toda cultura europea. Se alza sobre el horizonte de todas las ciudades y se la ve entre nubes como atrayendo a la ciudad real hacia sí, poniéndola en pie, y a veces en llamas. Está sobre Toledo, sobre Florencia, sobre París... Y ha estado, más que en parte alguna, en el interior de las utopías políticas y de las más extremas que se han llamado revoluciones. La revolución como idea, como anhelo que abarca a todas las clases de revoluciones que la mente ha construído, es hija de ese afán de resucitar el mundo en la Ciudad de Dios. Se ha llamado “reino de la justicia”, “felicidad”, afán de compartir el pan igualitariamente (que encubría y declaraba el afán de compartir la esperanza, de salir de la soledad última en que estamos

recluidos los humanos, y tener una muerte común). Es la raíz de todos los imposibles anhelos que han llevado a Europa a vivir en agonía, en muerte y resurrección. Pues de cada fenecida promesa surge otra para ocupar su lugar, el lugar de la Ciudad de Dios, del reino de Dios en la tierra.

Y hasta en “la vuelta a la naturaleza” del naturalismo, que se entremezcla con el romanticismo y al fin lo vence en la segunda mitad del siglo XIX, está el afán de la ciudad imposible que actúa de dos maneras: como nostalgia y como esperanza. Como nostalgia, es deseo de retorno al “paraíso perdido”, y ha informado su poesía. Como esperanza es la institución de algún reino en la tierra, justicia, felicidad, paz o hartura, y ha informado su acción... Y por eso las luchas europeas, sus pesadillas sangrientas, deben ofrecer respeto siempre. “En el rostro más desfigurado cabe aún rastrear lo humano”, ha dicho Hegel. Demasiado optimista parece al filo de ciertos acontecimientos. Pero sí cabe decir que en toda lucha europea hay alguien que ha ido a ella lanzado por esta imposible esperanza, en defensa de la ciudad invisible, y que ha hecho levantarse a los visibles. Que siempre en el fondo intrincado de la pesadilla de la terrible tensión entre los dos mundos, se encuentra vivo todavía el anhelo del reino de Dios en la tierra, por cuya sola imagen Europa se ha incendiado de nostalgia y de esperanza, en busca de su permanente utopía, de su resurrección última y definitiva, de su transfiguración. Y por eso la más grave enfermedad europea será la caricatura de su íntima esperanza, la que envuelva la traición a su utopismo revolucionario de resurrección. Enfermedad que bajo la aparente energía oculta la desgana, la fatiga de seguir viviendo en tensión, en la tensión idealista del habitante de dos mundos. La fatiga de este consubstancial idealismo puede llamarse pragmatismo, necesidad de “éxito” inmediato, de destruir el horizonte para que todo esté al alcance de la mano; embriaguez que haga olvidar la distancia insalvable entre las

dos ciudades, la de Dios siempre en el horizonte, y la de la tierra, siempre en edificación, que anule también la diferencia entre los dos hombres, entre el hombre y el siempre naciente "hombre nuevo". La anulación totalitaria de la distancia, de la distinción entre "el bien que quiero y el mal que hago". Barbarie monista, falsificada mística que suplanta a la permanente esperanza de resurrección y a la consubstancial utopía creadora. Cansancio de la lucidez y del amor a lo imposible, de lo peculiar del hombre europeo: el saber vivir en el fracaso.

MARÍA ZAMBRANO

P Í R A M O

Descendiendo por colinas verdes
comprendí como el amor está en todo mi cuerpo,
y como es inútil vivir con el deseo
de otras cosas ¡oh Tisbe!, de otros recuerdos.
Estos lugares que habitas en silencio,
o en donde cantas los ardientes crepúsculos,
llevan mis pasos, sí, llevan mi voluntad
a desolarse contra una pared angustiosa;
siempre entre nosotros, entre los jazmines
que han cubierto de ramas nuestra infancia.
Y tras sus piedras, tú, siempre entrevista, tú, el nombre
de todas las sustancias y las plantas,
escucha ya la desesperación atravesando mi arpa:

(Canta)

La soledad es una gran tristeza
cuando en este jardín el pensamiento
se extiende, oh Tisbe, en torno a tu belleza;

Y en la tarde que mueve sólo el viento,
allí donde el follaje te cubría,
mi alma oscilando ante una rama siento;

y cuanto a la esperanza se confía,
como si algo llegara del verano
entre las rosas. Pero cada día,

con sus círculos verdes siempre en vano,
sólo la sombra en el estanque deja
del eco de tu voz, y el inhumano

destino del futuro que me aleja
tanto, tanto, de tí. ¡Oh, de aquel lado
yo podría besarte, y esta reja

de piedras y de dioses me ha encerrado!

J. R. WILCOCK

LAS NOCHES DE GOLIADKIN

A la memoria del Buen Ladrón.

Con una fatigada elegancia, Gervasio Montenegro —alto, distinguido, borroso, de perfil romántico y de bigote lacio y teñido— subió al coche celular y se dejó *voiturier* a la Penitenciaría. Se hallaba en una situación paradójica: los cuantiosos lectores de los diarios de la tarde se indignaban, en todas las catorce provincias, de que tan conocido actor fuera acusado de robo y asesinato; los cuantiosos lectores de los diarios de la tarde sabían que Gervasio Montenegro era un conocido actor, porque estaba acusado de robo y asesinato. Esta admirable confusión era obra exclusiva de Aquiles Molinari, el ágil periodista a quien había dado tanto prestigio el esclarecimiento del misterio de Abenjaldún ¹. También se debía a Molinari que la policía permitiera a Gervasio Montenegro esa irregular visita a la cárcel: en la celda 273 estaba recluso Isidro Parodi, el detective sedentario, a quien Molinari (con una generosidad que a nadie engañaba) atribuía todos sus triunfos. Montenegro, fundamentalmente escéptico, dudaba de un detective que hoy era un presidiario numerado y ayer había sido peluquero en la calle Méjico; por otra parte, su espíritu, sensible como un Stradivarius, se crispaba ante esa visita de mal augurio. Sin embargo se había dejado persuadir; comprendía que no debía enemistarse con Aquiles Molinari que, según su vigorosa expresión, representaba el cuarto poder.

¹ Cf. *Las doce figuras del mundo*, SUR, N° 88, pág. 36.

Parodi recibió al aclamado actor, sin levantar los ojos. Cebaba, lento y eficaz, un mate en un jarrito celeste. Montenegro ya se disponía a aceptarlo; Parodi, sin duda coartado por la timidez, no se lo ofreció; Montenegro, para darle valor, le palmeó el hombro y encendió un cigarrillo de un atado de *Sublimes* que había en un banquito.

—Viene antes de hora, don Montenegro; ya sé lo que lo trae. Es el asunto ese del brillante.

—Veo que estos sólidos muros no son obstáculo para mi fama —se apresuró a observar Montenegro.

—Qué van a ser. No hay como este recinto para saber lo que sucede en la República: desde las pillerías de todo un General de División hasta la obra cultural que realiza el último infeliz de la radio.

—Comparto su aversión a la radio. Como siempre me decía Margarita— Margarita Xirgu, usted sabe— los artistas, los que llevamos las tablas en la sangre, necesitamos el calor del público. El micrófono es frío, contra natura. Yo mismo, ante ese artefacto indeseable, he sentido que perdía la comunión con mi público.

—Yo que usted me dejaba de artefactos y comuniones. He leído los sueltitos de Molinari. El muchacho es habilidoso con la pluma, pero tanta literatura y tanto retrato acaban por marear. ¿Por qué no me cuenta las cosas a su modo, sin arte ninguno? A mí me gusta que me hablen claro.

—Estamos de acuerdo. Por lo demás, estoy capacitado para complacerlo. La claridad es privilegio de los latinos. Sin embargo, usted me permitirá arrojar un velo sobre cierto suceso que compromete a una dama de la mejor sociedad de La Quiaca —allí, como usted sabe, todavía queda gente bien. *Laissez faire, laissez passer*. La necesidad impostergable de no empañar el nombre de esa dama que para el mundo es un hada de salón —y para mí, un hada y un ángel— me obligó a interrumpir mi jira triunfal por las Repúblicas indoamericanas. Porteño

al fin, yo había esperado no sin nostalgia la hora del regreso y no creí jamás que la enturbiarían circunstancias que bien pueden calificarse de policiales. En efecto, en cuanto llegué a Retiro, me arrestaron; ahora se me acusa de un robo y dos asesinatos. Para coronar el *accueil*, los polizontes me despojaron de una joya tradicional que yo había adquirido horas antes, en circunstancias muy pintorescas, al atravesar el Río Tercero. *Bref*, aborrezco los vanos circunloquios y contaré la historia *ab initio*, sin excluir, por cierto, la vigorosa ironía que invenciblemente sugiere el espectáculo moderno. También me permitiré algún toque de paisajista, alguna nota de color.

El 7 de enero, a las 4 y 14 a. m., sobriamente caracterizado de tape boliviano, abordé el Panamericano, en Mococo, eludiendo hábilmente —cuestión de *savoir faire*, mi querido amigo— a mis torpes y numerosos perseguidores. La generosa distribución de algunos autorretratos autografiados, logró mitigar, ya que no abolir, la desconfianza de los empleados del expreso. Me destinaron un camarote que me resigné a compartir con un desconocido, de notorio aspecto israelita, a quien despertó mi llegada. Supe después que ese intruso se llamaba Goliadkin y que traficaba en diamantes. ¡Quién diría que el malhumorado israelita que el azar ferroviario me deparaba, iba a envolverme en una indiscifrible tragedia!

Al día siguiente, ante el peligroso *capo lavoro* de algún *chef* calchaquí, pude examinar con bonhomía la fauna humana que poblaba ese angosto universo que es un tren en marcha. Mi riguroso examen comenzó —*cherchez la femme*— por una interesante silueta que aun en Florida, a las 8 p. m., hubiera merecido el masculino homenaje de una ojeada. En esta materia no me equivoco: constaté poco después que se trataba de una mujer exótica, excepcional: la *baronne* Puffendorf-Duvernois— una mujer ya hecha, sin la fatal insipidez de las colegialas, curioso espécimen de nuestro tiempo, de cuerpo estricto, modelado por el lawn-tennis,

una cara tal vez *blasée*, pero sutilmente comentada por cremas y cosméticos, una mujer, para decirlo todo en una palabra, a quien la esbeltez daba altura y el mutismo, elegancia. Tenía sin embargo el *faible*, imperdonable en una auténtica Duvernois, de flirtear con el comunismo. Al principio logró interesarme, pero después comprendí que su barniz atractivo ocultaba un espíritu banal y le pedí a ese pobre señor Goliadkin que me relevara; ella, rasgo típico de mujer, fingió no percibir el cambio. Sin embargo, sorprendí una conversación de la *baronne* con otro pasajero —un tal coronel Harrap, de Texas— en la que usó el calificativo de “imbécil”, aludiendo sin duda a *ce pauvre M. Goliadkin*. Vuelvo a mencionar a Goliadkin: se trata de un ruso, de un judío, cuya impronta en la placa fotográfica de mi memoria es decididamente débil. Era más bien rubio, fornido, de ojos atónitos; se daba su lugar: se precipitaba siempre a abrirme las puertas. En cambio es imposible, aunque deseable, olvidar al barbudo y apopléjico coronel Harrap, típico ejemplar de la vigorosa vulgaridad de un país que ha logrado el gigantismo, pero que ignora los matices, las *nuances*, que no desconoce el último pillete de una *trattoria* de Nápoles y que son la marca de fábrica de la raza latina.

—No sé donde queda Nápoles, pero si alguien no le arregla este asunto, a usted se le va a armar un Vesubio que no le digo nada.

—Envidio su reclusión de benedictino, señor Parodi, pero mi vida ha sido errátil. He buscado la luz en las Baleares, el color en Brindisi, el pecado elegante en París. También, como Renan, he dicho mi plegaria en el Acrópolis. En todas partes he estrujado el jugoso racimo de la vida... Retomo el hilo de mi relato. En el pullman, mientras ese pobre Goliadkin —judío, al fin, predestinado a las persecuciones— sobrellevaba con resignación la incansable, y cansadora, esgrima verbal de la baronesa, yo, con Bibiloni, un joven poeta catamarqueño, me solazaba como un ateniense, platicando sobre la poesía y las provincias. Ahora confieso que al principio el aspecto oscuro, más bien renegrido,

del joven laureado por las cocinas *Volcán*, no me predispuso en su favor. Los lentes bicicleta, la corbata de moño y elástico, los guantes color crema, me hicieron creer que me hallaba ante uno de los innumerables pedagogos que nos ha deparado Sarmiento —genial profeta a quien es absurdo exigir las pedestres virtudes de la previsión. Sin embargo, la viva complacencia con que escuchó una corona de triolets que yo había burilado a vuelapluma en el tren carreta que une el moderno ingenio azucarero de Jaramí con la ciclópea estatua a la Bandera que ha cincelado Fioravanti, me demostró que era uno de los valores sólidos de nuestra joven literatura. No era uno de esos rimadores intolerables que aprovechan el primer *tête-à-tête* para infligirnos los abortos de su pluma: era un estudioso, un discreto, que no malgastaba la oportunidad de callar ante los maestros. Lo deleité, después, con la primera de mis odas a José Martí; poco antes de la undécima, tuve que privarlo de ese placer: el tedio que la incesante baronesa impartía al joven Goliadkin, había contagiado a mi catamarqueño, mediante un interesante fenómeno de *simpatía psicológica* que muchas veces he observado en otros pacientes. Con mi proverbial llaneza, que es el *apanage* del hombre de mundo, no vacilé ante un procedimiento radical: lo sacudí hasta que abrió los ojos. El diálogo, después de esa *mésaventure*, había decaído; para darle altura, hablé de tabacos finos. Estuve atinado: Bibiloni fué todo animación e interés. Después de explorar los bolsillos interiores de su cazadora, extrajo un habano de Hamburgo y, no atreviéndose a ofrecérmelo, dijo que lo había adquirido para fumarlo esa misma noche en el camarote. Comprendí el inocente subterfugio. Acepté el cigarro, con un rápido movimiento, y no tardé en encenderlo. Algún doloroso recuerdo atravesó la mente del joven; por lo menos, así lo entendí yo, seguro catador de fisonomías, y arrellanado en la butaca y exhalando azules bocanadas de humo, le pedí que me hablara de sus triunfos. El interesante rostro moreno se iluminó. Escuché la vieja

historia del hombre de pluma, que lucha contra la incomprensión del burgués y atraviesa las ondas de la vida llevando a cuestas su quimera. La familia de Bibiloni, después de varios lustros consagrados a la farmacopea serrana, logró trasponer los confines de Catamarca y progresar hasta Bancalari. Ahí nació el poeta. Su primera maestra fué la Naturaleza: por un lado, las legumbres de la quinta paterna; por otro, los gallineros limítrofes, que el niño visitara más de un vez, en noches sin luna, munido de una larga caña de pescar... gallinas. Después de sólidos estudios primarios en Km. 24, el poeta volvió a la gleba; conoció las proficuas y viriles fatigas de la agricultura, que valen más que todos los huecos aplausos, hasta que lo rescató el buen juicio de las cocinas *Volcán* que premiaron su libro *Catamarqueñas (recuerdos de provincia)*. El importe del lauro le permitió conocer la provincia que con tanto cariño había cantado. Ahora, enriquecido de romances y de villancicos, regresaba al Bancalari natal.

Pasamos al salón comedor. Ese pobre Goliadkin tuvo que sentarse junto a la *baronne*; del otro lado de la misma mesa, nos sentamos el padre Brown y yo. El aspecto de este eclesiástico no era interesante: tenía el pelo castaño y la cara vacua y redonda. Yo, sin embargo, lo miraba con cierta envidia. Los que tenemos la desgracia de haber perdido la fe del carbonero y del niño, no hallamos en la fría inteligencia el bálsamo reconfortante que brinda a su rebaño la Iglesia. Al fin de cuentas ¿qué aporte debe nuestro siglo, niño blasé y canoso, al escepticismo profundo de Anatole France y de Julio Dantas? A todos nosotros, mi estimado Parodi, nos convendría una dosis de inocencia y de sencillez.

Recuerdo muy confusamente la conversación de esa tarde. La *baronne*, pretextando el rigor de la canícula, dilatava incesantemente su escote y se apretaba contra Goliadkin —todo para provocarme—. El judío, poco avezado a esas lides, rehuía en vano el contacto y, consciente del

desairado rol que jugaba, hablaba nerviosamente de temas que a nadie podían interesar, tales como la futura baja de los diamantes, la imposibilidad de substituir un diamante falso por uno verdadero y otras minucias de *boutique*. El padre Brown, que parecía olvidar la diferencia que hay entre el salón comedor de un express de lujo y un auditorio de beatos indefensos, repetía no sé qué paradoja, sobre la necesidad de perder el alma para salvarla: necios bizantinismos de teólogos, que han oscurecido la claridad de los *Évangélicos*.

Noblesse oblige: desoír los envites afrodisíacos de la *baronne*, hubiera sido cubrirme de ridículo; esa misma noche me deslicé en puntas de pie hasta su camarote y, en cuclillas, apoyada la soñadora cabeza en la puerta, y el ojo en la cerradura, me puse a tararear confidencialmente *Mon ami Pierrot*. De esa apacible tregua que el luchador lograra en pleno batallar de la vida, me despertó el anticuado puritanismo del coronel Harrap. En efecto, este barbudo anciano, reliquia de la pirática guerra de Cuba, me tomó de los hombros, me elevó a una altura considerable, y me depositó frente al baño para caballeros. Mi reacción fué inmediata: entré y le cerré la puerta en las narices. Allí permanecí una media hora, prestando oídos de mercader a sus amenazas confusas, emitidas en un castellano incorrecto. Cuando abandoné mi retiro, el camino estaba expedito. ¡Vía libre!, exclamé para mi colete, y fuí en el acto a mi camarote. Decididamente, la diosa Aventura me acompañaba. En el camarote estaba la *baronne*, esperándome. Saltó a mi encuentro. En la retaguardia, Goliadkin se ponía el saco. La *baronne*, con rápida intuición femenina, comprendió que la intromisión de Goliadkin abolía ese clima de intimidad que exigen las parejas enamoradas. Se fué, sin dirigirle una sola palabra. Conozco mi temperamento: si me encontraba con el coronel, nos batiríamos en duelo. Esto es incómodo en un ferrocarril. Además, aunque sea duro confesarlo, ya ha pasado la época de los duelos. Opté por dormir.

¡Extraño servilismo el de los hebreos! Mi entrada había frustrado quién sabe qué infundados propósitos de Goliadkin; sin embargo, desde ese momento, se mostró cordialísimo conmigo, me obligó a aceptar un habano *Avanti* y me colmó de atenciones.

Al otro día, todos estaban de mal humor. Yo, sensible a todo cambio psicológico, quise animar a mis compañeros de mesa, refiriendo unas anécdotas de Roberto Payró y algún acerado epigrama de Marcos Sastre. La señora de Puffendorf-Duvernois, despechada por el percance de la noche anterior, estaba atufada; sin duda, algún eco de su *mésaventure* había llegado a oídos del padre Brown; este párroco la trató con una sequedad que no condice con la tonsura eclesiástica.

Después del almuerzo le di una lección al coronel Harrap. Para probarle que su *faux pas* no había afectado la invariable cordialidad de nuestras relaciones, le ofrecí uno de los *Avanti* de Goliadkin y me di el gusto de encendérselo.

Esa noche, la tercera de nuestro viaje, el joven Bibiloni me defraudó. Yo había pensado referirle algunas aventuras galantes, de esas que no suelo confiar al primer venido; pero no estaba en su camarote. Me incomodaba que un catamarqueño mulato pudiera introducirse en el compartimento de la *baronne* Puffendorf. A veces me parezco a Sherlock Holmes: sorteando astutamente al guarda, a quien soborné con un interesante ejemplar de la numismática paraguaya, traté, frío sabueso de Baskerville, de oír, más aún, de espiar lo que sucedía en ese recinto ferroviario. (El coronel se había retirado temprano). El silencio total y la oscuridad fueron el fruto de mi examen. Pero la ansiedad duró poco. Cuál no sería mi sorpresa al ver salir a la *baronne* del compartimento del padre Brown. Tuve un momento de brutal rebeldía, perdonable en un hombre por cuyas venas corre la abrasadora sangre de los Montenegro. Después comprendí. La *baronne* venía de confesarse. Estaba despeinada y su ropa era ascética — un batón carmesí,

con bailarinas de plata y payasos de oro. Estaba sin maquillar y, mujer al fin, huyó a su camarote para que yo no la sorprendiera sin su coraza facial. Encendí uno de los pésimos cigarros del joven Bibiloni y, filosóficamente, me batí en retirada.

Gran sorpresa en mi compartimento: a pesar de lo avanzado de la hora, Goliadkin estaba levantado. Sonreí: dos días de convivencia ferroviaria habían bastado para que el opaco israelita imitara el noctambulismo del hombre de teatro y de club. Por supuesto, llevaba mal su nueva costumbre. Estaba descentrado, nervioso. Sin respetar mis cabezadas y mis bostezos, me infligió todas las circunstancias de su autobiografía insignificante y, tal vez, apócrifa. Pretendió haber sido caballero, y después amante, de la princesa Clavdia Fiodorovna; con un cinismo que me recordó las páginas más atrevidas de Gil Blas de Santillana, declaró que, burlando la confianza de la princesa y de su confesor, el padre Abramowicz, le había substraído un gran diamante de roca antigua, un *non-pareil* que, por un simple defecto de talla, no era el más valioso del mundo. Veinte años lo separaban de esa noche de pasión, de robo y de fuga; en el ínterin, la ola roja había expulsado del Imperio de los Zares a la gran dama despojada y al caballero infidente. En la frontera misma empezó la triple odisea: la de la princesa, en busca del pan cotidiano; la de Goliadkin, en busca de la princesa, para restituírle el diamante; la de una banda de ladrones internacionales, en busca del diamante robado, —en implacable persecución de Goliadkin. Éste, en las minas del África del Sur, en los laboratorios del Brasil y en los bazares de Bolivia, había conocido los rigores de la aventura y de la miseria; pero jamás quiso vender el diamante, que era su remordimiento y su esperanza. Con el tiempo, la princesa Clavdia fué para Goliadkin el símbolo de esa Rusia amable y fastuosa, pisoteada por los palafreneros y los utopistas. A fuerza de no encontrar a la princesa, cada día la quería más; hace poco supo que

estaba en la República Argentina, regenteando, sin abdicar su *morgue* de aristócrata, un sólido establecimiento en Avellaneda. Sólo a último momento, sacó el diamante del secreto rincón donde yacía escondido; ahora, que sabía el paradero de la princesa, hubiera preferido morir a perderlo.

Naturalmente, esa larga historia en boca de un hombre que, por confesión propia, era caballerizo y ladrón, me incomodó. Con la franqueza que me caracteriza, me permití expresar una duda elegante sobre la existencia de la joya. Mi estocada a fondo lo traspasó. De una valija de imitación cocodrilo, Goliadkin sacó dos estuches iguales y abrió uno de ellos. Imposible dudar. Ahí, en su nido de terciopelo, refulgía un hermano legítimo del Koh-i-nur. Nada humano me es extraño. Me apiadó ese pobre Goliadkin que antaño compartiera el lecho fugaz de una Fiodorovna y que hogaño, en un crujiente vagón, confiaba sus cuitas a un caballero argentino que no le negaría sus buenos oficios para llegar a la princesa. Para entonarlo, afirmé que la persecución de una banda de ladrones era menos grave que la persecución de la policía; improvisé, fraterno y magnánimo, que una batida policial en el *Salón Doré* había deparado la inclusión de mi nombre — uno de los más antiguos de la República — en no sé qué prontuario infamante.

¡Bizarra psicología la de mi amigo! Veinte años sin ver el rostro amado, y ahora, casi en vísperas de la dicha, su espíritu se debatía y dudaba.

A pesar de mi fama de bohemio, *d'ailleurs* justificada, soy hombre de hábitos regulares; era tarde y ya no logré conciliar el sueño. Revolví en la mente la historia del diamante inmediato y de la princesa lejana. Goliadkin (sin duda emocionado por la noble franqueza de mis palabras), tampoco pudo dormir. Por lo menos, durante toda la noche, estuvo moviéndose en la litera superior.

La mañana me reservaba dos satisfacciones. Primero, un lejano anticipo de la pampa, que habló a mi alma de argentino y de artista. Un rayo de sol cayó sobre el campo. Bajo el benéfico derroche solar, los postes, los alambrados, los cardos, lloraron de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano. Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas... Mi segunda satisfacción fué de orden psicológico. Ante los cordiales tazones del desayuno, el padre Brown nos demostró palmariamente que la cruz no está reñida con la espada: con la autoridad y el prestigio que da la tonsura, reprendió al coronel Harrap, a quien calificó (muy certeramente, según mis luces) de asno y de animal. Le dijo también que sólo valía para meterse con infelices, pero que ante un hombre de temple sabía guardar distancia. Harrap ni chistó.

Sólo después alcancé el pleno significado de la reprimenda del párroco. Supe que Bibiloni había desaparecido esa noche; ese hombre de pluma era el infeliz a quien había agredido el soldadote.

—Deme calce, amigo Montenegro —dijo Parodi—. Ese tren tan raro de ustedes, ¿no para en ninguna parte?

—¿Pero dónde vive, amigo Parodi? ¿Usted ignora que el Panamericano hace el viaje directo desde Bolivia hasta Buenos Aires?—Prosigo. Esa tarde, el diálogo fué monótono. Nadie quería hablar de otra cosa que de la desaparición de Bibiloni. Por cierto, algún pasajero observó que la tan cacareada seguridad que los capitalistas sajones atribuyen al convoy ferroviario, quedaba en tela de juicio después de este suceso. Yo, sin disentir, anoté que la actitud de Bibiloni bien podía ser fruto de una distracción propia del temperamento poético, y que yo mismo, atenaceado por la quimera, solía estar en las nubes. Estas hipótesis, aceptables en el día ebrio de colores y de luz, se desvanecieron con la última travesura solar. Al caer de la tarde, todo se tornó melancólico. A intervalos llegaba de la noche el quejido fatí-

dico de un buho oscuro, que remeda la tos cascada de un enfermo. Era el momento en que cada viajero revolvía en su mente los lejanos recuerdos o sentía la vaga y tenebrosa aprensión de la vida sombría; al unísono, todas las ruedas del convoy parecían deletrear las palabras: *Bi-bi-lo-ni ha-si-do-a-se-si-na-do, Bi-bi-lo-ni ha-si-do-a-se-si-na-do, Bi-bi-lo-ni ha-si-do-a-se-si-na-do...*

Esa noche, después de cenar, Goliadkin (sin duda para mitigar el clima de angustia que había sentado sus reales en el salón comedor), cometi6 la ligereza de desafiarme al póker, mano a mano. Tal era su deseo de medirse conmigo, que rechazó, con una obstinación sorprendente, las proposiciones de la baronesa y del coronel, de jugar un cuatro. Estos debieron resignarse al rol de ávidos espectadores. Naturalmente, las esperanzas de Goliadkin recibieron un rudo golpe. El clubman del *Salón Doré* no defraudó a su público. Al principio, no me favorecieron las cartas, pero después, a pesar de mis admoniciones paternas, Goliadkin perdió todo su dinero: trescientos quince pesos y cuarenta centavos, que los polizontes me han substraído arbitrariamente. No olvidaré ese duelo: el plebeyo contra el hombre de mundo, el codicioso contra el indiferente, el judío contra el ario. Valioso cuadro para mi galería interior. Goliadkin, en busca de un desquite supremo, abandona de pronto el salón comedor. No tarda en regresar, con la valija de imitación cocodrilo. Extrae uno de los estuches y lo pone sobre la mesa. Me propone jugar los trescientos pesos perdidos contra el diamante. No le niego esa última chance. Doy las cartas; tengo en la mano un póker de ases; mostramos el juego; el diamante de la princesa Fiodorovna pasa a mi poder. El israelita, se retira, *navré*. ¡Interesante momento!

A tout seigneur, tout honneur. Los enguantados aplausos de la *baronne* Puffendorf, que había seguido con mal reprimido interés la victoria de su campeón, coronaron la escena. Como siempre dicen en el

Salón Doré, yo no hago las cosas a medias. Mi decisión estaba tomada: llamé al mozo y le pedí ipso facto la carta de vinos. Un rápido examen me aconsejó la conveniencia de un Champagne *El Gaitero*, media botella. Brindé con la *baronne*.

El hombre de club se reconoce en todos los momentos. Después de tamaña aventura, otro que yo no hubiera conciliado el sueño en toda la noche. Yo, bruscamente insensible a los encantos del *tête à tête*, ansié la soledad de mi camarote. Bostecé una excusa y me retiré. Era prodigioso mi cansancio. Recuerdo haber caminado entre sueños por los interminables corredores del tren; sin dárseme un ardite de los reglamentos que las compañías sajonas inventan para coartar la libertad del viajero argentino, entré por fin en un compartimento cualquiera y, fiel guardián de mi joya, me encerré con pasador.

Le declaro sin ruborizarme, estimado Parodi, que esa noche dormí vestido. Caí como un tronco en la litera.

Todo esfuerzo mental tiene su castigo. Esa noche una pesadilla angustiosa me sojuzgó. El *ritornello* de esa pesadilla era la burlona voz de Goliadkin, que repetía: *No diré donde está el diamante*. Me desperté sobresaltado. Mi primer movimiento se dirigió al bolsillo interior; ahí estaba el estuche; adentro, el auténtico *non pareil*.

Aliviado, abrí la ventanilla.

Claridad. Frescura. Loco bullicio madrugero de pajarillos. Mañanita nebulosa de principios de enero. Mañanita soñolienta, arrebuada todavía en las sábanas de un vapor blanquecino.

De esa poesía matinal pasé en el acto a la prosa de la vida, que golpeó a mi puerta. Abrí. Era el subcomisario Grondona. Me preguntó qué hacía yo en ese camarote y, sin esperar contestación, me dijo que fuéramos al mío. Yo siempre he sido como las golondrinas para la orientación. Por increíble que parezca, mi camarote estaba al lado. Lo hallé todo revuelto. Grondona me sugirió que no fingiera asombro.

Supe después lo que usted habrá leído en los diarios. Goliadkin había sido arrojado del tren. Un guarda oyó su grito y tocó la campana de alarma. En San Martín subió la policía. Todos me acusaron, hasta la *baronne*, sin duda por despecho. Rasgo que denota al observador que hay en mí: en medio del trajín policíaco observé que el coronel se había afeitado la barba.

II

A la semana, Montenegro se presentó de nuevo en la Penitenciaría. En el apacible retiro del coche celular, había premeditado no menos de catorce cuentos baturros y de siete acrósticos de García Lorca, para edificar a su nuevo protegido, el *habitué* de la celda 273, Isidro Parodi; pero este peluquero obstinado extrajo una baraja mugrienta de su birrete reglamentario y le propuso, mejor dicho le impuso, un truco mano a mano.

—Todo juego es mi juego —replicó Montenegro—. En la estancia de mis mayores, en el almenado castillo que duplica sus torres en el Paraná transeúnte, he condescendido a la tonificante sociedad y al rústico pasatiempo del gaucho. Por cierto que mi *a ley de juego todo está dicho*, era el pavor de los truqueros más canosos del Delta.

Muy pronto, Montenegro (que no salió de malas en los dos partidos que jugaron) reconoció que el truco, en razón de su misma sencillez, no podía cautivar la atención de un devoto del *chemin de fer* y del *bridge* con remate.

Parodi, sin hacerle caso, le dijo:

—Mire, para retribuir la lección de truco que usted le ha dado a este hombre anciano que ya no sirve ni para jugar con un infeliz, le voy a contar un cuento. Es la historia de un hombre muy valiente aunque muy desdichado, un hombre a quien yo respeto muchísimo.

—Penetro su intención, querido Parodi —dijo Montenegro sirviéndose con naturalidad un *Sublime*—. Ese respeto lo honra.

—No, no me refiero a usted. Hablo de un finado a quien no conozco, de un extranjero de Rusia, que supo ser cochero o caballerizo de una señora que tenía un brillante valioso; esa señora era una princesa en su tierra, pero no hay ley para el amor... El joven, mareado por tanta suerte, tuvo una debilidad —cualquiera la tiene— y se alzó con el brillante. Ya era tarde, cuando se arrepintió. La revolución maximalista los había desparramado por el mundo. Primero en una localidad de Sur África, después en otra del Brasil, una pandilla de ladrones quiso arrebatarse esa alhaja. No la consiguieron; el hombre se daba maña para esconderla: no la quería para él; la quería para devolvérsela a la señora. Después de muchos años de aflicciones supo que la señora estaba en Buenos Aires; el viaje con el brillante era peligroso, pero el hombre no se echó atrás. En el tren lo siguieron los ladrones: uno se había disfrazado de fraile, otro de militar, otro de provinciano, otro se había pintarrajeado la cara. Entre los pasajeros había un paisano nuestro, medio botarate, un actor. Este mozo, como se había pasado la vida entre disfrazados, no vió nada raro en esa gente... Sin embargo, era evidente la farsa. Era demasiado surtido el grupo. Un cura que saca el nombre de las revistas de Nick Carter, un catamarqueño de Bancalari, una señora que tiene la idea de ser baronesa porque hay una princesa en el asunto, un anciano que de la noche a la mañana pierde la barba y que se muestra capaz de elevarlo

a usted, que debe pesar unos ochenta kilos, “a una altura considerable” y guardarlo en un excusado. Eran gente resuelta; tenían cuatro noches para trabajar. La primera, cayó usted en la celda de Goliadkin y les arruinó el pastel. La segunda, usted volvió a salvarlo sin querer: la señora se le había metido en la pieza con el cuento del amor, pero a su llegada tuvo que retirarse. La tercera, mientras usted estaba pegado como un engrudo en la puerta de la baronesa, el catamarqueño asaltó a Goliadkin. Le fué mal: Goliadkin lo tiró del tren. Por eso el ruso andaba nervioso y se revolvía en la cama. Pensaba en lo que había ocurrido y en lo que iba a ocurrir; pensaba tal vez en la cuarta noche, la más peligrosa, la última. Recordó una frase del Cura sobre los que pierden el alma para salvarla. Resolvió dejarse matar y perder el brillante para salvarlo. Usted le había contado lo del prontuario: comprendió que si lo mataban, usted sería el primer sospechoso. La cuarta noche exhibió dos estuches, para que los ladrones pensaran que había dos brillantes, uno verdadero y uno falso. A la vista de todos lo perdió, a manos de un negado para el naípe; los ladrones creyeron que les quería hacer creer que había perdido la alhaja verdadera; a usted lo durmieron, con algún menjunje en la sidra. Se metieron después en el compartimento del ruso y le ordenaron que les entregara la alhaja. Usted le oyó en sueños repetir que no sabía dónde estaba; a lo mejor también les dijo que usted la tenía, para engañarlos. La combinación le salió bien a ese hombre valiente: al alba lo mataron los desalmados, pero el brillante estaba seguro, en poder de usted. Efectivamente, en cuanto llegaron a Buenos Aires, la policía le echó el guante y se encargó de entregar la alhaja a su dueña.

Tal vez pensó que no le valía mucho vivir: veinte años crueles habían caído sobre la princesa, que ahora dirigía una casa mala. También yo, en su lugar, hubiera sido un miedoso.

Montenegro encendió un segundo *Sublime*.

—Es la vieja historia —observó—. La rezagada inteligencia confirma la intuición genial del artista. Yo siempre desconfié de la señora Puffendorf-Duvernois, de Bibiloni, del padre Brown y, muy especialmente, del coronel Harrap. Pierda cuidado, mi querido Parodi: no tardaré en comunicar mi solución a las autoridades.

Quequén (Pcia. de Buenos Aires), 5 de febrero de 1942.

H. BUSTOS DOMECCQ

NOTAS

Los Libros

EDUARDO MALLEA: *El Sayal y la Púrpura* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941). — Siete años hace que Eduardo Mallea escribió el primero de la serie de ensayos que publica bajo el título de *El Sayal y la Púrpura*; siete años hace que decía, ante las señales inequívocas del derrumbamiento inminente: “Es una crisis o un caos; tiene que salir de ahí la muerte o la perduración. O bien ambas cosas; la muerte de una forma y el nacimiento de otra”.

El aserto es exacto. Vivimos hoy la catástrofe que es crisis y es caos, y la vivimos dentro de un compás que nunca imaginamos. Vemos, por todas partes, cómo ocurre el doble proceso de Muerte y Vida, y cómo algunas cosas desaparecen para no volver mientras afloran otras. Instituciones y modos de vivir se transforman a pasos agigantados. Pero para que un cierto orden de transformaciones en curso, impuestas por las necesidades de la hora, sea promesa de algo mejor y más duradero, es menester que el hombre, desde lo profundo de su ser, asienta a esos cambios fundamentales: es decir, que en él actúe el imperativo que brota del corazón. Sólo cuando se incorpora la conciencia a la vida, se asegura un porvenir. Así ocurre con el hombre, así también con la sociedad.

Esto que es hoy convicción de muchos es igualmente la convicción de Mallea. Su posición de escritor frente al mundo de 1935, como frente al mundo de 1941 (año del último ensayo), no ha variado. Siempre la angustia ante el tremendo desacierto colectivo, y siempre la inquebrantable fe en los medios de salida o salvación. Hoy no necesita repetir Mallea que concibe el mundo actual “como una noche en marcha hacia su vía de luz”. ¿Acaso “la movilización de las con-

ciencias" no implica una "nueva voluntad de unidad"? Tampoco necesita insistir en que la salvación se fundamenta en la moral y en la responsabilidad del hombre, que, tomando conciencia de sí mismo, se define y trasciende. Una parte del mundo se encamina por esa vía. Por lo mismo, se lee con fruición el conjunto de ensayos (algunos de los cuales vieron la luz en SUR), y especialmente el último, en atención a la misma juventud a quien está dirigido. Y es bueno que una voz argentina haya sido de las primeras en alzarse en el continente americano.

Dice las cosas Mallea en forma que no deja lugar a dudas. Por ejemplo, así puntualiza su posición y su pensar: "La voz *masa* es un concepto omnipresente, no siempre un concepto claro. Ese concepto será claro el día que cada hombre sea claro para sí mismo... Yo no soy marxista ni fascista porque no creo que el hombre pueda modificarse por su accidente sino por su naturaleza" (su estructura profunda). Todo está dicho en esas breves palabras. Y mucho de su propio sentir queda explícito con la simpatía que profesa por ciertos escritores. Se siente cerca de Berdiaeff, el filósofo ruso para quien el hombre no está centrado en la cabeza sino en el corazón: "*Nous connaissons beaucoup plus par le sentiment que par l'intelligence... le coeur est au centre de l'homme total*". Cerca de Nietzsche y Dostoievski: para ambos —según explica— la moral es corpórea; y de D. H. Lawrence, para quien la vida "arranca de un nuevo sentimiento y acaba en una forma". Nada de lo que no sea sustancia humana vale en realidad. De aquí el distanciamiento de Mallea del cerebral o intelectual puro: "Los roedores de la abstracción socavan áridamente a aquel que ha dejado ir sus resistencias corpóreas".

Y porque el mal europeo no ha cundido todavía entre nosotros, y porque el hombre americano es por excelencia el hombre de sentimiento —"el ritmo americano es ante todo una prevalencia del alma"— y revela, por tanto, juventud, Mallea cree que América está llamada a una participación muy principal en la forma nueva de un mundo por venir: "Con su caudal de ansia y los poderes de sensibilidad moral que en nuestro subsuelo aguardan", América tiene "cimientos tan densos y tan extensos como para ser capaces de contener un capítulo nuevo de actitudes en el muestrario de la historia".

En ese muestrario —cree Mallea— la Argentina "es país de misión máxima en Hispano-América". Remontándose a la dirección primera y fundamental de

la raza cifra en ella sus esperanzas. “Destino nacional es potencial siega de las propias espigas cultivadas”. No necesita explayarse. Basta con que nombre —en estos días en que los próceres marcan fronteras y posiciones— a San Martín, que se llamó a sí mismo *un fundador de la libertad*, y a Sarmiento, el fundador “del idioma netamente argentino”, para colegir en qué sentido podrá participar la Argentina en el futuro destino del mundo. Alienta pensarlo en estos momentos porque atraviesa el país. Y es interesante transcribir las siguientes palabras, que datan de hace dos años, pero que parecen escritas para esta hora: “La Argentina no vive hoy a la altura de sus cualidades sino a la altura de sus defectos. Hoy se vive aquí en estado permanente de complacencia... Así seguimos dormidos, y el sueño empieza por arriba, arriba está el cabeceo”.

Los cuatro ensayos literarios que completan el grupo son como el revés de una misma medalla. Mucho se desprende de la admiración de Mallea por el hiperestésico y angustiado genio que fué Kafka; de su manera de encarar la robusta y bien plantada figura de Chesterton, y de la crítica a Montherlant, esforzado en salirse del camino hacia el desastre. El homenaje a Lugones, a raíz de la trágica muerte del poeta, está fuera del ritmo europeo, mas no fuera de los sentimientos del autor de *Historia de una Pasión Argentina*.

ANA M. BERRY

JOAQUÍN XIRAU: *Amor y Mundo* (El Colegio de México, 1941). — Si hay muchas formas de estudiar filosóficamente el amor, no parece haber más que una verdaderamente eficaz: la de considerarlo como el elemento fundamental o, cuando menos, como uno de los elementos esenciales de la concepción del mundo. Ello exige, sin duda, una consideración histórica que muestre cómo el tema del amor ha sido visto y expresado en los más significativos momentos de la historia de Occidente: en la antigüedad, en el cristianismo y en la época moderna. Esto es lo que ha hecho, antes de proceder a un examen original del problema, Joaquín Xirau. Su libro, *Amor y Mundo*, nos pone en presencia de uno de los más apasionantes problemas de la filosofía, si se me permite llamar problema a lo que es más bien un misterio.

El libro de Joaquín Xirau comienza por examinar, así, lo que ha sido el amor pagano, el amor en el mundo de Grecia y de Roma. Este amor, que arranca de creencias órficas y dionisiacas, acaba siendo "estilizado y elevado a teoría" en Platón, y ello de forma tan perfecta que para nosotros el amor antiguo es definitivamente el amor platónico. Pero el amor antiguo no se detiene en este estadio, sino que acaba identificándose casi completamente con el "Logos". Al ser aspiración a lo superior y, por lo tanto, aspiración a la suma perfección de lo impasible, el amor excluye la misericordia y la simpatía, acaba por ser "profunda paradoja". Sobreviene entonces la crisis de la filosofía antigua y aparece una nueva forma del amor, que es radicalmente distinta de la antigua, pero que se presenta en muchas ocasiones en íntima comunión con ella. El amor cristiano que tiene, como Xirau reconoce, algunos antecedentes en la metafísica del neoplatonismo, resulta algo escandaloso para el alma antigua. En él y por él se afirma lo individual y lo personal; en él y por él se afirma lo que el cristianismo descubre por vez primera en la historia: la vida íntima. Si el griego había hecho de Dios, como en el primer motor de Aristóteles, un ser que mueve sin ser movido, un ser inmóvil e impasible, el cristianismo hace de él un ser que se mueve y conmueve, un ser que puede reducirse, en el fondo, a gracia, misericordia y amor.

Imposible es aquí referir con la extensión que merecen las cuidadosas exposiciones de las otras dos formas del amor de que Joaquín Xirau habla en su libro: el amor intelectual de Dios, en que vienen a resumirse en cierto modo las raíces cristianas y helénicas, y el amor tal como es entendido por la ciencia positiva, que da ocasión para una rigurosa crítica del unilateral naturalismo. Lo que importa subrayar ante todo es el examen original del problema del amor que el autor desarrolla principalmente en dos capítulos: "La conciencia amorosa" y "Orden del amor". En ellos se bosquejan las bases de una posible metafísica y ellos representan una de las mejores contribuciones actuales a tema desgraciadamente tan poco atendido.

El examen de la conciencia amorosa es, en el fondo, una fenomenología del amor en la cual se excluye toda explicación y deducción para dedicarse a una descripción pura. Pero una descripción de esta índole sería imposible si no existiera una previa experiencia filosófica y aun un previo conocimiento de cómo el amor ha sido visto. La descripción de la conciencia amorosa dada

por Joaquín Xirau, teniendo en cuenta estas dos fuentes, da por resultado, según el autor, cuatro notas esenciales: abundancia de la vida interior; potenciación a lo máximo del sentido y valor de personas y cosas; ilusión y transfiguración; reciprocidad y fusión. Al lado de estas notas van apareciendo todas las manifestaciones ineludiblemente vinculadas a ellas: la generosidad, la espontaneidad, la vitalidad, la plenitud del amor. Porque el amor es, en realidad, virtud creadora, posibilidad de creación. Mas el amor no sólo crea, sino que también destaca los valores superiores en lo creado, es decir, ilumina a la par que vivifica. Esta iluminación y creación es todo lo contrario de la fantasmagoría, pues el amor no deforma, sino que propiamente transfigura. El amor renueva, hace de toda vida una "nueva vida". Y, finalmente, el amor ofrece, como resumen de las tres primeras notas, el carácter de la reciprocidad y de la fusión. El examen de esta reciprocidad, cuya inspiración luliana se trasluce en las frecuentes alusiones a las relaciones entre el Amigo y el Amado, no significa, desde luego, la negación de la plenitud y posesión propias, pues sin esa posesión, sin ese estar en sí mismo no hay posibilidad de entregarse, de estar fuera de sí.

El otro de los capítulos en que Joaquín Xirau desarrolla su doctrina original sobre el amor es el que se refiere, como he dicho, al orden del amor. Más que el anterior es este capítulo un bosquejo de ideas que el autor ofrece desarrollar en otro trabajo y que son promesa de claridad sobre los más graves temas de la filosofía y de la vida humana. Por ser este capítulo ya un resumen, es aquí imposible resumirlo a su vez y sólo me permitiré indicar una de las ideas más fecundas. Joaquín Xirau niega la supuesta evidencia del axioma de Spinoza: "Todas las cosas que son, o son en sí o son en otra cosa", axioma que resume una larga tradición sobre el ser que en Spinoza mismo entra en crisis. Para Joaquín Xirau, que recoge con ello, elaborándolos y fundamentándolos, los últimos hilos de la historia de la filosofía, y en particular de la fenomenología, no hay, como afirma, "nada exclusivamente en sí" y "nada exclusivamente en otra cosa". Sostener lo contrario equivale a sostener el estatismo de la vieja substancia, estatismo que conviene suplantarse por una concepción dinámica en la que se reconozca la intencionalidad y el ímpetu de trascendencia. Querer reducir lo que es en sí mismo a sus últimos elementos equivale a destruirlo, a convertirlo en un caos de sensaciones. Pero "el ser de las cosas y mi propio ser se constituyen en la confluencia de la infinidad de proyecciones y referencias que hacen a todo y reciben de todo". Xirau sostiene decididamente el carácter

intencional de todo ser, el cual “se afirma en el trascenderse y en el distenderse”. De ahí la diferencia entre el ser y la objetividad. Y de ahí también que la substancia y subsistencia de un ser dependa exclusivamente “de la capacidad de mantener una dirección en el cambio, un sentido y una orientación fundamental”.

El carácter “subjetivo” de la realidad es la consecuencia inmediata de esta concepción metafísica del esencial dinamismo del ser, de su constitutiva trascendencia. Una metafísica así, que coincide con otras direcciones actuales opuestas al viejo substancialismo, podrá ser, desde luego, discutible, pero es innegable su fecundidad y las inmensas posibilidades que ofrece para una nueva visión de las cosas. Lo que en modo alguno puede decirse de ellas es que sea, como se ha afirmado en alguna ocasión, una mera “poesía de ideas”. Por eso esperamos de Joaquín Xirau un desarrollo más detallado no sólo de esta idea fundamental, sino de todas las que se encuentran en el capítulo mencionado y en otras partes de su libro. El cual termina con una indicación de las “Perspectivas morales y pedagógicas” que resultan de su concepción del amor y del mundo, y que nos aclaran algunos de sus aspectos más sugestivos. El libro de Joaquín Xirau nos pone así en presencia no sólo de los más apasionados problemas filosóficos, sino también de un espíritu que sabe tratarlos con originalidad, con rigor y con finura. De él aguardamos nuevos estudios que vendrán a confirmarlo como una de las más lúcidas mentes que hoy trabajan con entusiasmo en el campo de la filosofía.

JOSÉ FERRATER MORA

TRISTÁN FERNÁNDEZ: *Cárcel de tiempo*, (Buenos Aires, 1941). — Tristán Fernández publicó en 1937 su primer libro de versos: *Itinerario*. Primer libro, pero sin laboriosas ingenuidades, sin afán de prosaísmo o feísmo, sin frenesí ornamental. “Sonad, sí, flautas del aire; cantad, violines del agua”. Aire puro y agua armoniosa corrían por casi todas sus páginas.

Si aún encontrábamos en ellas tal o cual rastro de poesía ligeramente alcohólica, no lo encontramos ya en esta *Cárcel de tiempo*. Lo más puro de su voz

perdura aquí, y hasta ha crecido y fructificado. Tampoco se quedan atrás los temas —no por su número, sino por la mayor fuerza y soltura con que reaparecen ahora. Uno, sobre todo, que se insinuaba apenas en el primer libro — “Muro de las palabras...” —, se reitera en el segundo insistente y diverso. No sé que en nuestros poetas haya logrado acentos más limpios la meditación lírica sobre el propio oficio poético (asunto no extraño a otras literaturas, ni siquiera a la de otros países de nuestro mismo idioma). El temor y dolor del fracaso poético, y hasta la visión de la Poesía como irremediablemente lejana e inaccesible —“en qué confín sin nombre detenida, en qué ribera de ceniza y llanto” —, llegan a transformarse aquí en sutil juego de oposiciones: contraste entre la denuncia explícita de una incapacidad de expresión y el firme paso de los versos que, al denunciarla, se desmienten a sí mismos. El lenguaje humano tiene ese paradójico privilegio, que a su vez puede ser, y lo es en este libro, legítimo recurso de poesía.

Pero no son paradojas, ni estudiadas combinaciones de reflejos, ni alardes de orquestación lo que ante todo se ha de buscar en *Cárcel de tiempo*. Canto llano y conservado suele ser el suyo, y amigo del haikai y de la copla, con una que otra noble resonancia de grandes poetas de hoy y de ayer. Si a veces se le encrespa la voz y llega a urdir, como en “Mal sueño”, un sostenido revuelo de puntos cardinales, o a rebasar profusamente las mínimas fronteras que por lo general se impone a sí mismo, parece como que lo hiciera a su pesar. En la expresión del paisaje intenso y fugaz y de la emoción epigramática es donde busca y halla sus más frecuentes aciertos. “Sólo palabra y breve arquitectura”. Sólo eso; pero nada menos, Tristán Fernández.

Y que el poeta es capaz de intentar con éxito arquitecturas más amplias, lo prueban los paralipómena de este libro: la “Historia del marinero” y el Prólogo en verso a una comedia de niños, sin contar algún vago esbozo de relación cíclica que se advierte en muchos de sus últimos poemas. Es capaz de hacerlo, y me parece de buena amistad recomendárselo. Ganará organizando su poesía de tal manera que el todo sea mucho más que la suma de las partes. Ganará con no comprimir ascéticamente ciertos generosos fervores que ya en *Itinerario* daban ocasión a algunas de sus estrofas más logradas. No tema el poeta hacerlos entrar en su obra, aunque se desborden de los esquemas hasta ahora frecuentados por él. No para todos es desconfianza saludable la de la

anécdota ni la del poema extenso, ni es de provecho para todos el sujetarse a un difícil régimen de inhibiciones.

Se equivocaría el autor si pensara que es moralina lo que le predico. Aconsejarle ahondar poéticamente en ideas y vislumbres que sé asiduas en él y que yo quisiera más presentes en su obra no es invitarlo a rimar las excelencias de este o aquel sistema económico ni a redactar fuertes dramas en versos impronunciabiles, sino a buscar en la fidelidad a sus devociones más íntimas el modo más sencillo

*de poursuivre l' eau profonde
que demandent les sommets.*

Es recordarle la oblicua repercusión que esa manera de armonía consigo mismo suele tener en las virtudes estrictamente estéticas de la obra de arte. Es, en fin, sugerirle una utilización quizá mejor de ciertas aptitudes, en mi sentir valiosísimas, que insinuándose en *Itinerario* y continuándose ahora en *Cárcel de tiempo* parecerían convergir en un punto que está más allá de ambos libros. Que está, esperémoslo, en un futuro libro de Tristán Fernández.

RAIMUNDO LIDA

VICTORIA OCAMPO: *San Isidro*, con un poema de Silvina Ocampo y 67 fotografías de Gustav Thorlichen (SUR, Buenos Aires, 1941). — Hay libros que obligan al lector a salirse de su órbita para vocear la alegría que provocan. *San Isidro*, aclarado en prosa familiar por Victoria Ocampo y comentado por la cámara de Gustav Thorlichen, es uno de éstos. Primero, el entusiasmo que agilita las manos, al simple hojear en la librería. Sorpresa de hallar un libro de traza europea, del gusto de las mejores ediciones en su género. Y después la suerte de penetrar en el tema —en el barrio—, acompañado por adecuadas y simples referencias como para ser repetidas al andar por las callejuelas fotografiadas.

Un barrio pertenece a la intimidad de las personas. Todas, o casi todas,

en el triste momento actual, tienen patria moral o física. Muy pocas poseen barrio —el “quartier” de las gentes definidas de París—. Barrio es querencia, y el *San Isidro* de Victoria Ocampo, su querencia, el sitio de sus quereres. Ese álbum que anda por los anaqueles de las librerías, lleno de brisa platense, húmedo de barrosas arenas, estremecido como los juncos inocentes que recogió el fotógrafo, es la afirmación del cariño por un barrio, profesado por un espíritu sensible a lo suyo íntimo. Pero tiene, además de su valor artístico, otro valor considerable. Desde sus páginas sale un invisible alerta. Más aún: a cada rato se advierte el concreto temor de que desaparezca ese rincón porteño, por incompreensión de la gente. Esto da a la obra escrita un apagado tono elegíaco.

Victoria Ocampo se propone, y lo logra, explicar una belleza sorprendentemente fácil para ella. Y ha querido ponerla bajo los ojos de todos, y así categorizarla, para que sobre ese pedazo de Buenos Aires no caiga la maldición de los nuevos o viejos gustos anacrónicos. Por eso apela a la poesía de *San Isidro*, al alcance de la cámara fotográfica; poesía tierna y casi siempre inocente y modesta, de ventanas y columnas y patios generosos; poesía en los pasivos ramazones de glicinas, de flores dormidas bajo los aleros; poesía sin jactancia, como ese poema de Silvina Ocampo, su hermana, mera enumeración de cosas, delicado muestrario.

Pero la escritora sabe algo más por su oficio. Y se apoya en la otra poesía, en la grave y respetable de los añosos árboles históricos. Belleza que se conjuga con la del río, invulnerable en último caso. Y como si eso fuese poco (suele serlo para algunos), Victoria Ocampo ha recurrido a la tradición, argumento contundente para la clase oficial que bien puede salvar el destino de este paraje, decretándolo “monumento público” —porque tipifica una época digna de ser conservada—, y, como se ha hecho en otros países, orientar su arquitectura futura, crear un orden estético dentro de la armonía ya lograda. Planos y proyectos que oriente la municipalidad para evitar la anarquía.

San Isidro, de Victoria Ocampo, cumple varios cometidos. Si la función estética de presentar un álbum para los gustos más exigentes es de fácil apreciación, el inducir a que ese valor material no sea desperdiciado, y perdure entre los tesoros artísticos, es lo que más debe tenerse en cuenta. Pocos barrios de París, verbigracia, han obtenido un comentario tan fervoroso y una muestra tan cabal de su belleza, dirigidos a los que no saben descubrirla. Y si en cualquier

ciudad de los Estados Unidos, considerado por muchos como país desatento a la belleza, se viese amenazado un barrio por la indiferencia de las autoridades, no tendría mejor defensa que la que ha organizado Victoria Ocampo. Es muy superior a las muestras del viejo Detroit —¡tan poético!— que se ven en la actual ciudad fabril. Porque es fácil convencer a un yanqui de que debe conservar los muros de ladrillo y las casitas modestas de hace nada más que cincuenta años, para contrastarlos con los rascacielos de hogaño.

Victoria Ocampo ha sabido presentar un álbum de primorosa belleza, desentrañada con melancolía, para convencernos de que su valor debe perdurar.

La composición del libro es admirable en todos sus aspectos. En realidad, resulta un entretenido film. Un "short" para el público de todas las horas. Texto sin vano engolamiento literario, familiar, fresco y salpicado de ocurrencias, como lo están de florecillas y de yuyos las tapias, los tejados y las verjas. El tono de las "noticias" tiene el encanto de las orillas del río, pueriles de juncos, con una paupérrima fauna de bagres y ranas y con un cielo sin ganas de meterse con nadie... Film con titulares que no suspenden la atención y convierten al que mira en un pequeño vagabundo sin historia, como ese Michele que hilvana las páginas de *San Isidro*.

ENRIQUE AMORIM

CARLOS COSSIO: *La plenitud del orden jurídico y la interpretación judicial de la ley* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941). — Problema muy debatido, y aun sin resolver, es el desaber a quién corresponde con más propiedad el título de filósofo. Schopenhauer niega ese título a los que enseñan filosofía por encargo y bajo el control del Estado; éstos son los filósofos de "cátedra" o de "oficio", como él los llama. Sin aceptar íntegramente el dictado del pensador alemán, que quizás resuella por la herida, puesto que él abrió cátedra creando el vacío en torno, puede admitirse que el hecho de enseñar filosofía no hace al filósofo. Un ingenioso y profundo pensador nuestro, Alejandro Korn, tuvo también ciertas frases despectivas para los filósofos que sólo lo son de "cátedra". "La filosofía de la cátedra —dijo acerbamente— se imagina que Kant le dejó

un texto esotérico, reservado a los iniciados para ejercicios de exégesis filológica que luego han de traducirse a la jerga de la Escolástica o del Talmud en persecución de objetos irreales. No ha de ir la filosofía por un lado y la vida por otro". La filosofía es posición ante la vida. Ser filósofo es haber asumido una actitud frente a los hechos y a los hombres. Tener una filosofía es haber alcanzado un concepto personal del Universo; es conocer, por intuición o saber discursivo, los lazos que nos vinculan al mundo externo. A tal distinción no llegan todos los que divulgan conocimientos de filosofía desde la cátedra.

Todavía no se ha hecho el mismo distingo en el campo del Derecho. No se ha planteado la cuestión de si el verdadero jurista es el que enseña o ejerce el Derecho, o si es aquel que, por idiosincrasia espiritual o por experiencia de la vida, posee la noción más elevada y exacta de la justicia. El Derecho pasa por ser campo vedado a quien no ha cursado estudios especiales. En la práctica, el ejercicio legal de la profesión de juez o de abogado pertenece exclusivamente a los egresados de las Facultades de Derecho. No se es "jurista" sin título, de la misma manera que se puede ser "filósofo" sin haber frecuentado el aula.

Sin embargo, en la administración de la justicia, o sea en la aplicación de las leyes, hay mucho de sentido común. Al lado del derecho codificado existe el derecho consuetudinario. Un verdadero filósofo —ni de "oficio" ni de "cátedra"— admitiría que la justicia ganaría en muchos casos si pudiese ser aplicada por personas legas en materia de Derecho, pero dotadas de hondo buen sentido y poseídas de una sana filosofía de la vida y de un sano concepto de la justicia.

El libro del Doctor Carlos Cossio plantea de lleno estas cuestiones. En torno a un simple artículo de un Proyecto de reforma de nuestro Código Civil, argumenta extensamente para demostrar que tal enmienda, en la forma propuesta, no es acertada, y propone un texto distinto. El asunto es por cierto de gran amplitud, pues se trata de las lagunas —o supuestas lagunas— del orden jurídico cuando el código establece que los jueces no podrán abstenerse de juzgar "por silencio, obscuridad o insuficiencia de las leyes". ¿Puede el Juez abstenerse en ningún caso de juzgar, con lo que negaría la plenitud del orden jurídico? ¿O juzga infaliblemente, por el hecho de la plenitud del orden jurídico, que es inmanente, superior a la voluntad del juez?

No diremos que el autor ha resuelto la cuestión. Su libro es de una eru-

dición asombrosa. Muchas son las referencias bibliográficas. Interviene en el debate la cuestión de Escuelas, entre las cuales el autor tiene sus preferencias. Pero no interesa mayormente cuáles. En Derecho, como en filosofía, los sistemas y las escuelas sólo tienen un valor relativo.

Lamenta el doctor Carlos Cossio que en nuestro país los profesionales del Derecho se despreocupen demasiado de la Filosofía del Derecho y de la filosofía en general. Es justificado. Todo hombre de oficio, todo profesional, debería poder deducir la filosofía de su profesión, o sea conocer los fundamentos de la misma en relación al medio y a su propia personalidad. (No sería lo mismo, claro está, decir que todo profesional debe aplicar su profesión de acuerdo a una posición filosófica dada). Pero convengamos en que si los abogados y los jueces debieran empaparse de la literatura jurídica encaminada hacia el más perfecto conocimiento de las escuelas del Derecho, de la filosofía del Derecho, etc., a fin de ser aptos para administrar la justicia y aplicar las leyes, no tendríamos jueces ni abogados.

Hamlet se queja de la dilación de los trámites legales, y afirma que nadie los soportaría si no fuese por el temor de lo que nos espera más allá de la muerte. En la actualidad, el dramaturgo inglés repetiría sin duda el concepto contra los que complican los problemas de derecho con cuestiones abstrusas, sin relación con la vida de los hombres en su intercambio de ideas y de actos.

Con todo, si bien nos adherimos a los reparos llegados al autor respecto a la frondosidad y dificultad de su vocabulario técnico, que reproduce en la página 30, creemos que su obra, fruto de una alta ética profesional y de una nobilísima inspiración, constituye un acontecimiento en nuestro ambiente intelectual.

ARTURO MONFORT

ALFREDO COVIELLO: *El sentido integral de las universidades regionales* (Tucumán, 1941). — Detrás —dentro— de lo que el autor llama “el sentido integral de las universidades regionales”, está el problema más general de la integración nacional argentina. Aquello es sólo un aspecto casuístico de esto. El título de la obra achica la proyección del propósito, como limitándolo a la cuestión

de saber si la universidad regional debe ser una Universidad (con el sobrentendido que requiere esta palabra) o si debe reducirse a ser una fabriquita más de practicones de uso doméstico. La cuestión es tan vieja como tonta, en su estrecho nominalismo, pero en nuestro país ha revestido la gravedad contingente de haberse visto arrastrada a la órbita de cierta enquistada mala política general que lo aflige. Bajo el pretexto de poner en duda el derecho de la universidad regional a constituirse con un "sentido integral" de Universidad, ocurría que se estaba negando la necesidad de lo que podría llamarse la integración universitaria argentina. Conforme a la tradición general del país, los obstáculos para esta integración surgían y operaban en y desde la Capital Federal; motivo por el cual nunca dejaban de ser capitales, como ya se advertía hace setenta años. Eran los mismos obstáculos que siempre habían surgido y operado para oponerse a una integración económica y política del país. Bien sabemos todos que el episodio conocido en la historia argentina con el nombre de organización nacional, resultó al fin un engendro de un 90 % de arrasamiento y un 10 % de condescendencia casi misericordiosa; a ese precio sólo se ha conseguido acomodar un detalle de la organización del país: "la capital"; tenemos en efecto bien lograda la organización nacional al servicio de Buenos Aires; pero todavía no hemos logrado la organización nacional de Buenos Aires al servicio del país, y ni hemos siquiera ensayado la organización nacional, o sea el acomodo orgánico, del interior del país al servicio de sí mismo. Hasta hoy la distancia más corta entre las provincias pasa por la Capital Federal, y todas las provincias limitan entre sí con Buenos Aires... La organización, pues, no ha llegado todavía a tener el alcance de una integración nacional.

Postular el problema de la integración universitaria argentina presupone varias cosas. Presupone, ante todo, que hay una necesidad nacional que pide la función universitaria; o bien, que la Universidad es el órgano específico llamado a proveer a cierta función nacional; o dicho de otro modo: que la Universidad tiene una misión que cumplir en el país, y que esa misión tiene que ser nacional, esto es, presentarse articulada a una razón orgánica del país.

Presupone, luego, que, puesto que ya existe en el país la Universidad, ella no demuestra, en su condición dada, idoneidad para tal fin; más aún, es imposible que pueda servirlo adecuadamente. Trátase aquí, es claro, de la Universidad por antonomasia, de la Universidad *en* Buenos Aires. Por bien conce-

bida y realizada que pudiera suponérsela, ella no se ha mostrado hasta hoy capaz de trascender ni un milímetro de "la condición dada", la de ser Universidad *en* Buenos Aires. La regla de su desenvolvimiento ha sido fiel ante todo a una dialéctica de emplazamiento, que la ha hecho en definitiva ser más metropolitana que universitaria, es decir más política que cultural, acaso a pesar de las mejores inspiraciones. Así como no ha faltado quienes pensarán, con lamentable buena fe, que teniendo el país una ciudad tan enorme como Buenos Aires, ya no tiene necesidad de otras ciudades; del mismo modo sobran los que consideran que existiendo ya la Universidad *en* Buenos Aires carece de objeto pensar en otras ubicaciones dentro del país. Pero el hecho real es que, así como la existencia de la enorme ciudad no ha alcanzado a evitar la formación de ciudades que han ido agrandándose sin cesar en el interior, la Universidad *en* Buenos Aires ha ido resultando paulatinamente, por una parte, una Universidad sin "prise", sin agarraduras en el panorama nacional, y por otra una Universidad desprovista de verdadera extensión Universitaria, cada vez más abstracta de hecho, si así pudiera decirse. La política de la abstracción contra la realidad, de la presunción sobre la insuficiencia, responde en ambos casos al nombre de "centralismo", el cual significa, entre otras cosas, respecto de la Universidad, las siguientes:

Reducir el fin o la misión de la Universidad al interés burocrático y vecinal de los usufructuarios rentados;

profesar la engañosa aritmética de que el cálculo de provisión debe formularse, no en proporción a las necesidades "nacionales" de la función, sino en proporción al tamaño físico del centro burocrático de funcionamiento (no en proporción al volumen del país, sino en proporción al volumen de la capital);

ignorar que el país crece también por dentro, y que ese crecimiento, cumpliéndose sobre una superficie antes inocuada, tiene la forma de una nueva conquista, de una nueva proposición integral de destino en la ecuación hombre-tierra;

desconocer la desmesura geográfica del país, en el que rigen cuando menos tres o cuatro paisajes, tres o cuatro climas, —tres o cuatro compromisos de realidad, con su geografía, su economía, su patología, etc., propias; y que el único modo de lograr la integración nacional no será jamás negándose abstractamente a las diferencias sino asumiendo concretamente las pluralidades, si bien para proyectarlas a una común visión universitaria. En un país de tanta exten-

sión como el nuestro, la etapa fundamental de la función universitaria no puede dejar de ser “federalista”; y por mucho tiempo aun la forma de engrandecimiento y consolidación de todo el país no podrá ser otra que esa; la actual conversión “unitarizante” no es sino la medida eventual de la endeblez orgánica que la aqueja, de su desintegración interior, — si bien es necesario no dar el nombre de impotencia regional a lo que en general no es sino allanamiento político;

conspirar contra la necesidad de la estabilización de la población interior, término práctico actual del antiguo y permanente problema argentino del desierto; puede afirmarse que la centralización ha descentrado al interior argentino, colocando las metas a una distancia... emigratoria, y devolviendo al interior individuos armados de una nulidad ubicua frente a la perentoria realidad local, al extremo de que bien puede decirse que, salvo los casos en que el diploma resulta toda la vocación del individuo, sólo después del diploma comienza la vocación para los buenos, esto es, para los menos, pues uno de los resultados más inmediatos y típicos de ese sistema ha sido sin duda el haber constituido al diploma en el fin universitario por excelencia, para la generalidad; cúlpese al grosero error de tal sistema el normal fracaso... universitario de la mayoría de los diplomados proyectados sobre el interior, como a la vollea, sin destino de necesidad localizada, de modo que no bien llegan al lugar deben ponerse a pensar a qué “otra cosa” tendrán que dedicarse, la cual siempre acontece que es la política, ocupación elemental de licenciados de todas las ocupaciones, profesión de relevo y fuga de toda profesión, y en la cual el universitario termina abdicando infaliblemente de lo que tendría que llamarse —si algún sentido debe darse a la palabra— su condición universitaria.

Al mal de la centralización, el remedio de la descentralización. Al mal de la universidad monopolista y abstracta, la Universidad “regional”, localizada y concreta. Viejo ya, en el orden de las preocupaciones de los avisados de nuestra general desvertebración, el problema de la estructuración nacional de la función universitaria es uno de los que más acuciosamente salen al encuentro de la conciencia general, hoy que, por razones en verdad bastante desesperadas, el país concibe o siente como primera necesidad la de apoderarse de sí mismo. Las amarras están cortadas para el destino nacional, por ahora al menos.

Siempre la conciencia argentina ha tendido a colocar en primer término, en

la teoría de sus problemas fundamentales, el de la cultura, — aun cuando en la práctica le haya dedicado por lo regular planos muy ulteriores. Órgano específico de esa función, la Universidad, no es extraño que ahora se sienta más agudamente que nunca la necesidad de pedirle razones sobre su articulación funcional en el organismo del país. Acaso el precio de su verdadera eficiencia no sea al fin sino una cierta amplitud en el concepto de la cultura que constituye su objeto. La cultura que constituye el objeto de la Universidad argentina debe ser “la cultura”, por supuesto, pero también “la cultura del país”, “por el país”, para su realidad y su realización integral, — una cultura de formación que comprenda la información y cierta mayéutica. Por más que el cuadro del mundo en estas funestas décadas, muestre la cultura, y todos los valores morales de la humanidad, en trance de deplorable inoperancia, la lógica de la inerme buena fe no puede dejar de abrigar la esperanza de que, mejor estructurados y articulados en la realidad sus órganos inmediatos, llegue alguna vez a señorear noble y eficazmente los juegos totales de la sociedad.

La universidad regional respondería a una afectación funcional de ese sentido; sería la movilización de la universidad en dirección gravitacional. No una universidad más en cada caso; sino “la” universidad que otorga a sus funciones la única dimensión que le faltaba, la de la profundidad del país. Bien podría decirse que si nuestra universidad nacional ha concebido siempre programas de “extensión” (que nunca realizaba), ha sido simplemente porque tenía la conciencia de que no alcanzaba a cubrir el espacio que lógicamente le atañía. En realidad, la extensión que entre nosotros le faltaba era la que, en un organismo hipotético, correspondería a la raíz o a la garra.

Quizás el denso libro que acaba de dedicar al fundamental asunto Alfredo Coviello, represente la más seria contribución aportada hasta hoy al estudio total del problema, la determinación precisa de sus términos, de las vías lógicas y prácticas de solución. En todo caso, nunca el punto de vista descentralizador, el de la razón orgánica integral de la universidad argentina (a cuya suerte él, personalmente, ha podido sentirse comprometido en una de las experiencias más prestigiosas de universidad regional del país), había mostrado hasta hoy tanto buen coraje en la claridad de la argumentación, tanta sesuda discriminación en el entusiasmo polémico, tanta concreta documentación, como las que campean en esta obra útil y decidida, cuyo pensamiento he querido glosar aquí bajo su aspecto más general.

BERNARDO CANAL FEIJÓO

Cinematógrafo

“LA MAESTRITA DE LOS OBREROS”, DE EDMUNDO DE AMICIS, EN LA PANTALLA

La mejor manera de explicar por qué nos sorprende agradablemente *La maestrta de los obreros*, dirigida por Alberto de Zavalía, es intentar decir, no lo que *es* esapelícula, sino más bien lo que *no es* (si la comparamos con la agobiadora producción nacional). El film de Zavalía no es cursi, ni guarango, ni chabacano, ni pretencioso, ni digno de recibir el premio Nóbel del mal gusto. Sin más tardar, felicitemos con alegría al director y a los intérpretes que han sabido, esta vez, ahorrarnos las humillaciones artísticas y patrióticas que venimos padeciendo desde hace tiempo con creciente rebeldía.

Es conveniente agregar que la sala en que nos tocó ver el estreno de *La maestrta de los obreros* no contribuía, gracias al público que la llenaba, a ponernos en un estado de ánimo indulgente. Nuestro juicio no se debe al buen humor.

En efecto: ir al cine en Mar del Plata, a la tarde, durante la llamada “temporada”, es siempre una dura prueba para el sistema nervioso, por impávido que sea. Hay que resignarse de antemano a soportar con mansedumbre (muy ajena a nuestro carácter) toda clase de aullidos, ladridos, rebuznos y cacareos. No. A nadie se le ha ocurrido llevar consigo animales domésticos al cine. El fenómeno es de otra índole. Parece ser que la “jeunesse” más o menos “dorée” del balneario no puede gozar del espectáculo (sea comedia o noticiario, sea la conferencia panamericana de Río o la del pato Donald con el perro Pluto) sin silbar, aplaudir, chillar y patear sin ton ni son, por afición a la chacota y a “armar escándalo”.

Si a este ambiente de mala crianza colectiva y turbulenta que corresponde, se me ocurre, al de las cavernas en la edad de piedra (a lo mejor estoy calumniando a nuestros antepasados) se agrega la exhibición de una película nacional del género de *Su noche de boda* ¡pobres de nosotros! Salimos del cine presa

de una crisis de neurastenia que puede durar una semana, si nuestra constitución reacciona rápidamente. La carencia casi monstruosa de espíritu y de cultura que ese conjunto de manifestaciones revela nos hace temer que entre nosotros, más que en otras partes, el nivel haya descendido de manera pavorosa.

En verdad, no siente uno especial regocijo al salir de los cines marplatenses. Por todas estas razones, y algunas otras, debo confesar que no fui con entusiasmo a ver *La maestría de los obreros*, sino "par aquis de conscience", para darme cuenta de cómo marchaba el cine nacional. Siendo optimista por naturaleza (y voluntad), no me descorazono fácilmente y la esperanza de que las cosas cambien persiste en mí contra viento y marea. Esta vez mi terco optimismo encontró amplia justificación.

Empecemos por la excelente música de fondo de Julián Bautista. En perfecto acuerdo con los episodios que subraya, bien distribuída, impregna con tan feliz acierto la atmósfera de la película que parece como si, discretamente, contribuyera a crearla. De hoy en adelante, el nombre de Bautista será una garantía en el anuncio de cualquier película. La música de fondo, en el cine actual, es muy importante. Se ve con claridad hasta qué punto lo es *escuchando* atentamente la de *La fuerza bruta* (*Of mice and men*). Aaron Copland, que nos visitó el año pasado, ha sabido darle a esa magnífica obra de Steinbeck el acompañamiento musical que necesitaba en la pantalla.

Delia Garcés, con su encanto de adolescente, sus grandes ojos suaves y su gran boca en esa carita tímida (lo de la boca grande es una suerte, pues la salva del peligro de una belleza convencional) habla y se mueve (a Dios gracias) sin la menor afectación. Cuando sus alumnos, durante la clase, le piden que lea versos ("cultivo una rosa blanca"), lo hace con una gracia y simplicidad que conquista. Que conquista a los verdaderos amigos de la poesía; de la poesía que nada tiene que ver con el énfasis declamatorio, plaga de nuestra América (tanto o más temible que la tristeza del ganado bovino).

Delia Garcés representa *con naturalidad*. No se puede hacer mayor elogio de una actriz en este país nuestro en que todo desafina en el cine nacional por exceso de afectación.

Delia Garcés se viste bien. Demasiado bien, esta vez, para su papel de maestría. Pero casi no podemos reprochárselo por el alivio que sentimos al mirarla. El alivio de ver que hay siquiera una "star" argentina con conocimiento

de lo que significa elegancia y sencillez. Desearíamos que Delia Garcés pusiese, en ciertas escenas, más convicción, más pasión. Quisiéramos que no tuviese tan uniformemente su aire de “petite fille modèle” de alguna Condesa de Segur del cine.

Pero aún ese defecto, que es como el abuso de gris y del beige en un cuarto, no incomoda demasiado por tratarse de ella; por el encanto que de ella emana y que nos hace perdonarle lo que a otra reprocharíamos. Creo, además, que Delia Garcés no ha dado todo lo que puede dar. Es como esas voces hechas para cantar el Debussy romántico e inocente de la primera época (“L’âme évaporée et souffrante, l’âme douce...”) y que no son instrumento para Wagner o Schumann. Lo que ella tiene no son *cualidades*: es *calidad*. Hay que buscar para ella melodías dentro de su delicada tesitura.

En cuanto a Oscar Valicelli, el malevo de la *Maestría*, es una revelación. Está perfecto en su papel de compadrito que no quiere dar su brazo a torcer. Lástima que en la escena de la muerte (de un sentimentalismo barato y falso) esté francamente desacertado. Culpa del director tanto como del actor.

Oscar Valicelli también habla y se mueve con naturalidad absoluta. Cuando está en el café, o en la calle, cuando come servido por su madre o cuando se sienta en el banco de la escuela (mudo e insolente, mudo y enamorado), jamás da una nota falsa. Llena la pantalla como Hans Zelig (el admirable bailarín de los ballets Jooss) llenaba la escena en “La gran ciudad”: con *su sola presencia*. Los que han visto ese ballet recordarán que Zelig, casi inmóvil, casi sin mímica siquiera, era todo ritmo y elocuencia y polarizaba la atención. Hay en Valicelli algo análogo. Como un ritmo interno que se traduce y comunica al espectador sin que hagan falta multiplicidad de gestos ni palabras. Por vía de presencia y actitud. Cuanto más lacónico y parco en ademanes, más convence Valicelli. Como Humphrey Bogart, cierta lentitud, cierto silencio son su manera de ser intenso. Nadie olvidará a Bogart en *El bosque petrificado*, porque en esa película creaba el tipo de gangster taciturno y al “ralenti” que concuerda con su temperamento y su físico.

Oscar Valicelli está “at his best” cuando habla poco y se mueve sin prisa. Un director hábil (Zavalía lo ha probado) puede sacar partido de las cualidades y hasta de las limitaciones de ese actor. Las limitaciones son a veces fértiles. Valéry dice que lo que constituye el estilo de un escritor son, entre otras cosas,

las repeticiones, los tics, las manías (limitaciones, en resumidas cuentas). Algo de eso puede aplicarse al actor de cine con carácter. Y Valicelli tiene carácter.

Las fotografías, buenas. Pero no es la fotografía lo que nos inquieta en la producción nacional.

Zavalía merece elogios por lo que ha logrado hacer en su película. Y, más aún, por lo que ha logrado evitar. Eso le agradecemos, sobre todo, pues nos parece importante. Ojalá siga con éxito su carrera ascendente de director.

VICTORIA OCAMPO

Las Revistas

LOGOS, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras. Director: Angel J. Battistessa. Universidad de Buenos Aires. Año I, 4º trimestre, N° 1.

He aquí el primer número de una hermosa revista universitaria que ya define claramente su personalidad: armónica y especialmente cuidada en su presentación, se destaca por el equilibrio y severidad de su estructura íntima.

LA DIRECCIÓN:

Nota liminar: Expone el criterio con que se orienta esta nueva publicación de la Facultad de Filosofía y Letras. Es una "revista de humanismo", pero entendiendo *humanismo* en "su mayor latitud significativa". Sus páginas se abren "a cuantos en nuestra casa o fuera de ella, en nuestro país o más allá de su ámbito, y sobre todo en los países de habla castellana, atienden a estos estudios". Y, por fin, "Logos cifra la progresiva realización de su unidad íntima en la modalidad universitaria que le es propia".

ARTÍCULOS:

JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Apuntes sobre el pensamiento. Su teurgia y su demiurgia.* Es un hecho la crisis actual de la inteligencia. "Sabemos que al Pensamiento humano

le pasa algo gigantesco, pero no sabemos qué es lo que le pasa y menos si lo que le pasa es bueno o malo". En esta crisis se distinguen dos estratos: la crisis de los fundamentos en las ciencias ejemplares y una crisis de la actitud del hombre ante el Pensamiento mismo. La inteligencia se ha convertido, pues, en el gran problema. Pero, ¿qué es el Pensamiento? Ortega y Gasset disloca parejas de ideas tenazmente asociadas por la tradición ("Las ocultaciones del Pensamiento") para "contemplar el Pensamiento liberado de su adscripción a formas particulares de sí mismo. Podemos sorprenderlo actuando bajo ellas, creándolas en el pasado, superando siempre la de ayer con la de mañana. Esta liberación frente a toda figura del pasado nos permitirá palpar, no sin estremecimiento, lo que aún no está ahí, el germinante porvenir de la inteligencia humana". El conocimiento (el más eficaz poder ocultador del Pensamiento) es descrito como una "forma de vida puramente histórica". Porque la advertencia siempre presente en estas páginas es que "la realidad específicamente humana —la vida del hombre— tiene una consistencia histórica". — RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *El París literario de Esteban Echeverría.* Fino estudio sobre la iniciación y formación literaria de Echeverría en París. El ambiente cultural francés que tanto influyó sobre el escritor argentino revive en estas páginas con toda su complejidad y riqueza. — CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ:

El régimen de la tierra y la organización militar de la España musulmana durante el siglo VIII. Este estudio constituye un capítulo del libro "*Los árabes y el origen del feudalismo*" que aparecerá en fecha no lejana. El autor anticipa que en él se contradice la tesis de Brunner según la cual el feudalismo nació al fundirse las instituciones prefeudales, beneficio y vasallaje, como resultado de las confiscaciones de bienes eclesiásticos llevadas a cabo por Carlos Martel y por Pepino el Breve, en las Galias. Las conclusiones de esta prolija investigación son valiosas e interesantes: "En la España islamizada surgieron instituciones beneficiarias antes de que Carlos Martel realizara la desamortización de los bienes de la Iglesia". — CARMELO M. BONET: *En torno al estilo de Saavedra Fajardo.* Se estudia concisa y atentamente el complejo de ingredientes que condicionaron este estilo: complejidad del sujeto, lecturas favoritas, ideas estéticas del tiempo. "Lo que Ortega y Gasset llama "sincronismo", que interpreto como la identificación del escritor con su tiempo, se produce sólo a medias en Saavedra Fajardo, en lo tocante al estilo. La razón es simple: vivió largos años fuera de España. No respiró el aire estético de su patria a plenos pulmones como Góngora, Gracián, Quevedo o Calderón". — LEON DUBOINE: *El problema de la personalidad en Bergson.* — J. HUIZINGA: *Esencia y significación del juego como fenómeno cultural.* Este agudo ensayo constituye el primer capítulo del libro de J. Huizinga, "*Homo ludens*" publicado en Holanda en 1939. La finalidad del presente estudio es demostrar que cuando se considera a la cultura "sub specie ludi" se trasciende profundamente la simple comparación retórica. El juego es

una función de la vida que no puede determinarse plenamente ni biológica, ni lógica, ni estéticamente. Resumiendo su análisis el autor puede definir el juego "como una acción libre, la cual se nos presenta como "no siendo del todo habitual", que se halla al margen de la vida ordinaria, pero que, no obstante, puede adueñarse totalmente del jugador sin que se relacione con ello interés material alguno ni se obtengan utilidades; una acción que se desarrolla dentro de un espacio y un tiempo determinados; que transcurre según reglas fijas y en orden, y que origina comunidades; que gusta rodearse de misterio o se complace en destacarse del mundo ordinario mediante disfraces". Muy interesante es la minuciosa indagación sobre el carácter lúdico del acto de culto arcaico.

TEXTOS:

VICENTE C. GALLO: *La Facultad de Filosofía y Letras.* — LEOPOLDO LONGHI DE BRACAGLIA: *Llego, soy el logos.* — FRANCISCO CAPELLO: *Pinus mendociae.*

NOTAS Y COMENTARIOS:

CHRISTOFREDO JACOB: *La función de la biología en la Facultad de Filosofía y Letras.* — JACINTO J. CUCCARO: *Para la bibliografía de Juan Bautista Vico.* — JORDÁN B. GENTA: *Maritain y la rehabilitación de la inteligencia.* — LEON OSTROV: *Bertrand Russell y la filosofía científica.* — MARIO PUCCINI: *Narradores y descriptores.* — ENRIQUE ANDERSON IMBERT: *Mallea y su novela de contrapunto.* — GUIDO PAPPAGNOLI: *Olvido y actualidad de Hostos.* — ERNESTO EPSTEIN: *La musicología en la enseñanza universitaria.* —

NOSOTROS, Buenos Aires, diciembre de 1941.

RICARDO A. LATCHAM: *La evolución social de Chile (Desde la encomienda a la enciclopedia)*. "Desde el perfil pétreo del encomendero hasta el alzamiento audaz del plutócrata moderno, la vida del pueblo chileno se desenvuelve bajo el móvil constante de una lucha de clases, determinada por la división que condicionó el arbitrario reparto de la tierra". — FERNÁN SILVA VALDÉS: *Romance de Juan Manuel Blanes* (Poemas). — CARMELO M. BONET: *El mundo exterior en la creación literaria*. Valiosas reflexiones sobre el modo de captar la realidad exterior con fines literarios, sobre la "caza de imágenes", la comparación y la metáfora. — MARCOS M. BLANCO: *Sarmiento y Facundo*. La tesis de Facundo: propugnar el restablecimiento de la civilización o sea el predominio de las ciudades. Doble faz que presenta el libro: algunas páginas de literatura descriptiva y costumbrista y páginas muy numerosas de literatura de combate. "Ambas faces, aparte de las antinomias internas de cada una, se contradicen entre sí, en más de una ocasión". — ARTURO CAPDEVILA: *Medallón español. D. Ángel Ossorio y Gallardo*. — JUAN ANTONIO VILLOLDO: *El castellano de España y el castellano de América*. El libro de Américo Castro puede ser objeto de graves objeciones. Pero de ningún modo justificamos la afirmación del señor Villoldo: "... la corriente filológica en que milita don Américo Castro insiste en proponer como panacea universal para todos los males del idioma, a setenta y cinco millones de hispanoamericanos emancipados, la vuelta al vasallaje de la colonia". No hay que confundir, impulsado por mala fe, la unidad espiritual y la unidad política. — FRANCISCO P. LAPLAZA: *Al margen*

de Alberdi y Echeverría. Anota el autor síntomas de propaganda irreverente hacia nuestros próceres. "Una corriente de intereses disfrazados de ideas precipita las disquisiciones por el vertedero de la propaganda política, socava con ellas el pedestal de los inmortales y sume a los mortales en el océano —mare magnum, mare nostrum— de la confusión". Comenta y elogia dos libros: "*Alberdi, el ciudadano de la soledad*" de Pablo Rojas Paz y "*Echeverría y la democracia argentina*" de Alberto Palcos. — CAMILO F. STANCHINA: *La crisis del teatro nacional*. Para levantar el decaído nivel de nuestro teatro es necesario crear, sin tardanza, la escuela de arte dramático "a fin de formar los directores y actores que reclama urgentemente el adelanto cultural de la Nación". — ANTONIO PAGES LARRAYA: *Al margen de dos antologías (Antología de la poesía española contemporánea de Juan José Domenchina y Laurel, Antología de la poesía lírica moderna en lengua española)*. — OFELIA BRITOS DE DOBRANICH: *Adolfo Morpurgo y la restauración de la música antigua*. — TRISTÁN FERNÁNDEZ: *Poesías (Tormenta, Entonces, Tiempo)*. En estos poemas la emoción se ha tornado belleza de la palabra y misteriosa claridad poética. — CARLOS ROVETTA: *La batalla literaria de "La Tierra"*. — *Autores y libros*. Crónica.

JUDAICA, Buenos Aires, septiembre-octubre de 1941.

Editorial: El nuevo frente. — RODOLFO ROCKER: *Consideraciones sobre el problema judío*. (Réplica de un no-judío a otro no-judío). Este trabajo vió la luz en seis nú-

meros del semanario neoyorkino "*Freie Arbeiter Stimme*". Es una réplica a dos artículos de Alberto J. Knox aparecidos en la revista americana "*Atlantic Monthly*" que abrió sus columnas para una amplia discusión sobre el problema judío. La existencia y la importancia de un "problema judío" supone ya una tragedia y no honra a nuestro tiempo. Rodolfo Rocker demuestra con claridad y justicia que los débiles argumentos del señor Knox "se fundan principalmente en algunas hipótesis no demostradas que no pueden resistir la menor crítica". — MARCOS WEINSTEIN: *Nietzsche visto desde América*. Cinco ensayos sobre una filosofía trágica. (Concluyen en este número). — ABRAHAM BICK: *La nueva generación literaria de Palestina*. Rápido desfile de los escritores en hebreo y escritores en idisch de la nueva generación, con unas palabras de presentación para cada uno. — *El cincuentenario de Heinrich Graetz*. — ISMAR ELBOGEN: *El más grande historiador judío*. — RAFAEL MAHLER: *Rasgos biográficos de Graetz*. — JOSÉ MENDELSON: *La obra de Graetz*. — E. TCHERIKOWER: *La combatividad de Graetz*. — HEINRICH GRAETZ: *La persistencia nacional del judaísmo*. — LUIS ARAQUISTAIN: *La swástica y los "Protocolos de Sión"*. — SALOMÓN RESNICK: *Escritores hispano-judíos*. MARCOS ROSOSVSKY: *Cincuenta años de vida judía en la Argentina*. — *Bibliografía*.



SUSTANCIA, Tucumán, N° 7-8, septiembre de 1941.

I. *Ensayos sobre Bergson*. — Numerosos artículos breves (casi notas) escritos por profesores de distintos países especialmente

para este número de *Sustancia* en homenaje a Bergson: ALBERTO ROUGÉS: *La duración de Bergson, el tiempo físico y el acontecer físico*. — ALEJANDRO DEUSTUA: *Libertad y Axiología*. — IRWIN EDMAN: *Henri Bergson*. — ALBERTO CONTE: *O mundo objetivo na filosofia intuicionista de Bergson*. — LUIS A. BARALT: *Bergson y la muerte*. — ROSSINE TAVARES DE LIMA: *Livre arbitrio e determinismo na filosofia bergsoniana*. — MARIANO IBERICO: *La filosofía de Bergson*. — EMILE GOUIRAN: *Henri Bergson. Precisiones*. — J. B. SOUSA FILHO: *Bergson y la inteligencia*. — EUGENIO PUCCIARELLI: *Bergson y la experiencia metafísica*. Análisis de la importante tarea de Bergson en la superación del positivismo. "Colocándose en un terreno poco explotado por la filosofía —el tiempo real—, Bergson admite la metafísica como la "experiencia integral". Más que verdad —duplicado intelectual de la realidad, copia indiferente aunque fiel del ser—, la metafísica es vida en su concreción y en su plenitud. Es la realidad misma que, al tomar conciencia de sí, se esfuerza por volverse transparente y hacerse plenamente inteligible. Ni el concepto coincide con lo absoluto, como pretende el idealismo, ni reproduce lo absoluto, como enseña el realismo: la vida trasciende infinitamente todos los esquemas forjados para apresarla". — ALFREDO COVIELLO: *La influencia de Bergson en América*. — BIBLIOGRAFÍA BERGSONIANA. I. Tabla alfabética numerada de la Bibliografía de y sobre Bergson. II. Tabla numérica de la Bibliografía bergsoniana ordenada cronológicamente. III. Tabla numérica de la Bibliografía bergsoniana ordenada por series de materiales. II. *Otros ensayos de Filosofía*. — ANÍBAL SÁNCHEZ REULET: *La Psicología de Spranger*. (Este trabajo fué leído en la Sociedad de

Psicología de Buenos Aires, el 30 de junio de 1941). Exposición y análisis de los rasgos fundamentales de la psicología de Spranger: concepción de la psicología como ciencia del espíritu (porque lo más importante del alma humana es su significación espiritual), como psicología estructural (porque concibe el alma como una estructura, como un organismo, como una totalidad de sentido), como psicología tipológica (porque aspira a determinar las diferentes formas de la vida psíquica, captando lo que en ellas hay de típico y específico), como psicología evolutiva (porque ve en la vida psíquica una realidad dinámica). — RÓMULO ARGENTIÈRE: *Estudios sobre o Totemismo*. — MANUEL GONZALO CASAS: *Temporalismo y culpabilidad*. “Pero si el tiempo es la muerte y ésta, el morir, menciona la idea de castigo, pues su dimensión se perfila sobre el haz de la tierra a favor del divino anatema —¡Morirás!—, entonces el tiempo se transparenta y muestra desde su entraña estremecida el sentido de culpabilidad primigenia que lo conmueve. Por donde el tiempo es la culpa”. — HUGO MACCARINI: *Teoría de las diferencias*. — ALFREDO COVIELLO: *El filósofo Hans Driesch (1867-1941)*. — FOLKLORE: — JUAN ALFONSO CARRIZO: *José Domingo Díaz. Su vida y su obra*. — NÉSTOR R. ORTIZ ODERICO: *El negro norteamericano y sus cantos de labor*. Estudio muy interesante sobre las canciones de trabajo que tanto abundan en el exuberante folklore afroamericano y que ofrecen doble motivo de atención: estético y social. — RICARDO CHIRRE DANOS: *Variaciones sobre la Kena*. — ALFREDO COVIELLO: *La posición del escritor ante el folklore* (A propósito de un debate sobre el folklore llevado a cabo en Tucumán). Afirmaciones y conclusiones de este artículo: 1º ya no se

puede *improvisar* en materia de folklore; 2º “el folklore es una planta que se desarrolla en el ambiente regional; 3º “La posición del escritor frente al folklore no puede equivocarse. Es tan clara y natural, como la del botánico frente a la planta o la del geólogo frente a las estratificaciones terrestres. Un procedimiento análogo es el que el auténtico folklorista aplicará en su labor que es una indagación en las estratificaciones del alma popular”. (Esta comparación es extremadamente peligrosa. Preferimos otro modo de encarar estas investigaciones: aquel que ve en la esencia de la poesía y del lenguaje la libre creación del espíritu); 4º El escritor ha de *recoger*, ante todo, el material; 5º El falsificador de folklore merecería también ser condenado *ad plagas*. — CRÍTICA: — FIDELINO DE FIGUEIRO: *Las dos formas de la crítica: ciencia de la literatura y dirección del espíritu*. — NARCISO MÁRQUEZ: *Ciencia histórica y ciencia filosófica*. — ELISE AVGHERINO: *Apuntes pedagógicos*. — ALFREDO COVIELLO: *El caos de las bibliotecas*. — POESÍA: — SAÚL TABORDA: *Jorge Manrique and the cult of death in the cuatrocientos*. Nota sobre el libro de Anna Krause editado por la sección de publicidad de la Universidad de Berkeley, en California. — VALENTÍN DE PEDRO: *El Gaucho. Presencia eterna de la raza* (Poema). — *Dos poetas jóvenes de Córdoba*: J. B. CABRAL MAGNASCO: *Dadme el fusil y vamos*. — EMILIO SOSA LÓPEZ: *A luz de espina*. — *Cuatro noveles poetas de Buenos Aires*: — ANA MARÍA CHOUHY AGUIRRE: *Soneto inicial*. — ENRIQUE MOLINA: *Remota infancia*. — ROBERTO PAINE: *Lluvia*. — ADOLFO OBIETA: *Fidelidad ancestral*. — *De la poetisa salteña*: ELENA SERREY DE GONZÁLEZ BONORINO: *Serenidad, Dolor de vivir, y otras poesías*. — *Poeta ecuatoriano*: JORGE CARRE-

RA ANDRADE: *Canto al puente de Oakland*. — JUSTO G. DESSEIN MERLO: *Catorce poemas*. — ALFREDO CONSOLE: *Los poetas tucumanos malogrados por la muerte*. — A. C.: *Un bienio en la poesía de Rafael Alberti*. — NOTAS Y COMENTARIOS — *Análisis bibliográfico*. — *Guía de la cultura*.



REVISTA UNIVERSITARIA. Anales de la Academia de Letras, Universidad Católica de Chile, año XXVI, 1941, Nº 4.

Primer número de esta revista literaria destinada a ser expresión de los escritores católicos que la integran. — FRANCISCO DONOSO G.: *Luis Felipe Contardo*. Bosquejo de la figura de este poeta sacerdote. — CARLOS RENE CORREA: *Quince poetas de Chile*. Gabriela Mistral, Pedro Prado, Carlos Acuña, Jorge Hubner Bezanilla, Max Jara, Abel González, Luis Felipe Contardo, Manuel Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Ernesto Guzmán, Francisco Donoso, Jorge González Bastias, Jerónimo Lagos Lisboa, Juan Guzmán Cruchaga, Oscar Castro, son el tema de brevísimas notas que logran penetrar hondo en los rasgos esenciales de cada poeta. — NOTAS BIBLIOGRÁFICAS: — *Primavera del hombre*. (Flor de leer, segada de diversos libros, por Roque Esteban Scarpa).



ESTUDIOS, Santiago de Chile, septiembre de 1941.

Panamericanismo.

ROQUE ESTEBAN SCARPA: *Alerta a nosotros*. "Una pasión que nos hiere alienta en estas páginas: pasión de sangre, de verdad, de sentido humano y divino de la existencia.

No nos mueven las contingencias políticas de la hora, ni el servicio de una idea mezquina, ni la voluntad de oponernos a la marea de confusión, hastío y espanto que se alza: apenas si desearíamos salvar un tesoro esencial para la fe en el porvenir, en la esperanza. Si tornamos la vista a nuestro alrededor, nos repugna, nos vence, nos crispa de viril dolor, el espectáculo de una nación que quisiera venderse en masa, como temerosa de la grandeza de su propio destino...". — JORGE FUENZALIDA PEREYRA: *Nuestro buen vecino y la viña de Naboth*. Acentúa el autor la disparidad entre el pueblo norteamericano y los hispanoamericanos. Pero olvida que en ciertos momentos históricos puede ser valioso afianzar los rasgos comunes, siempre que no haya duda sobre la absoluta honestidad de la empresa. Y no es desacertado recordar estas palabras de Jorge Washington: "Es necesario no olvidar jamás que una nación comete un gran error cuando espera de otros favores desinteresados, no olvidar que ella debe pagar con una porción de su independencia lo que a título de favor se le dé". — MANUEL J. IRARRÁZABAL: *Chile y la política económica norteamericana*. Amenazas pendientes sobre la vida económica y el porvenir de la soberanía política de Chile. "Debemos unir nuestros esfuerzos para que ningún país, ningún imperialismo, llámese democrático o confiésese totalitario, tenga siquiera pretexto para asumir la protección de nuestra orgullosa independencia. Chile es capaz y digno de llevar una vida independiente; puede integrar su economía en un block de economías afines, suficientemente poderoso como para poder negociar en igualdad con las más poderosas naciones, y, en cuanto a nuestro régimen político, no son los cañones de un imperialismo los que van

a defender nuestra democracia; esa democracia vivirá mientras siga interpretando la aspiración profunda de la nación". — F. D.: *Cómo se nos conoce en Norteamérica*. Algunas observaciones recogidas por un viajero chileno cuya exactitud sólo puede ser juzgada por los que hayan visitado los Estados Unidos. — SHERRY MANGAN: *Lo que busca EE. UU. en Sud América*. Traducción de un informe remitido desde Buenos Aires el 7 de abril de 1941 por el periodista norteamericano Sherry Mangan a la revista yankee "Fortune". Analiza el alcance y los efectos de la propaganda de los Estados Unidos en Sud América. "Todo imperialismo, inclusive el nuestro, despierta desconfianza no por su nacionalidad, sino por ser imperialismo. El criterio realista sudamericano no ve ventaja en escapar del control de un imperialismo sólo para caer bajo el control de otro". — ALFONSO JUNCO: *La Hispanidad y los Estados Unidos*. Carta de un católico mejicano a un católico norteamericano. — TOTALITARISMO. — "Muy descaminado andaría quien pretendiera buscar raíces políticas a las páginas precedentes, encaminadas a denunciar la peligrosa invasión espiritual y económica yankee en los países sudamericanos, y especialmente en Chile. Estamos y seguiremos estando bastante lejos de los idearios que hoy se disputan con los banqueros de la Unión la hegemonía del mundo. Nos oponemos a ambas fuerzas antagónicas porque rehusamos inclinarnos frente a cualquier imperialismo, aunque éste se disfrace de las formas más sutiles y delicadas. Pero, además, nos oponemos al totalitarismo por lo que éste tiene de bestial, de inhumano y negador de la imagen divina que hay grabada en cada ser". — *Hitler y su "Orden nuevo"*. Revela la espantosa negación de la dignidad humana que

se oculta en la teoría hitlerista. — CARLOS VERGARA BRAVO: *El racismo*. (Notas tomadas en el curso de Introducción al Estudio del Derecho, dictado en la Universidad de Chile por el Profesor D. Carlos Vergara). —

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUÍA, Nos. 46-47, Colombia, junio-julio de 1941.

ROBERTO JARAMILLO A.: *Sueños de Luciano Pulgar*. El 3 de abril del año 1941 murió D. Marco Fidel Suárez. Aquí se recuerda su iniciación literaria y filológica. "Son los *Sueños* del señor Suárez un repertorio y riquísimo inventario de política e historia, crítica y filosofía, religión y literatura y un compendio de las glosas que, pluma en mano, solía hacer al margen de sus continuas como variadas lecturas". Al final el autor hace algunos reparos y anota "algunos leves pelillos" en el rastreo del origen de varias expresiones. — CLARENCE FINLAYSON: *La Risa*. Estas reflexiones se apoyan en las ideas fundamentales del tan conocido libro de Bergson. Pero el propósito especial del artículo es responder a una pregunta: "¿Se acabará la risa algún día?". La respuesta es afirmativa porque Clarence Finlayson ve en la risa un fenómeno que nació con el pecado original y terminará con la resurrección de la carne. "La risa es pues un fenómeno del tiempo. El hombre aparece en su trágico viaje contemplando las pequeñas desproporciones y debilidades que contrastan con su destino y por eso ríe". — LUIS E. NIETO ARTETA: *Dos dialécticas: Marx y Proudhon* a) el materialismo dialéctico; b) condiciones históricas de la dialéctica marxista; c) la "socialización" del materialismo; d) crítica de la filosofía dialéctica del marxismo;

e) una nueva filosofía dialéctica; f) observaciones finales en torno a Proudhon). El estudio de la dialéctica que se expone en este ensayo se orienta a través de una crítica del conocimiento. Se intenta demostrar que la dialéctica marxista representa una conservación extraña y contradictoria de la metafísica y también que el marxismo es, muy a pesar suyo, un sistema. — ALFONSO F. RAMÍREZ: *La política y los clásicos*. Breve exhumación del pensamiento de los clásicos españoles acerca de la gobernación de los pueblos. — JULIO ENRIQUE BLANCO: *De París a Egipto y Palestina*. (Diario de viaje de un Filósofo). — ALFREDO RESTREPO P.: *La química actual. Los sistemas dispersos*. — H. DANIEL: *Algunas plantas colombianas*. — COMENTARIOS. — ANTOLOGÍAS: Número uno. *Veinte poetas del Brasil contemporáneo*. Selección, traducción y notas de Gastón Figueira. A pesar de la traducción que no satisface, este panorama de la poesía brasileña contemporánea se muestra interesantísimo. —



UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVARIANA, Medellín-Colombia, junio-julio de 1941.

ALCEU AMOROSO LIMA: *Familia y Estado*. (La familia como institución necesaria al hombre. Posiciones de la familia frente al Estado. La familia en la sociedad "burguesa" y en la sociedad "bohemia". Derechos y deberes del estado frente a la familia. Dos concepciones condenables en los estados modernos. Realidad social de la familia brasileña de hoy). El autor de este artículo, más conocido por su seudónimo Tristán de Athayde, hace la defensa de la familia. — SERGIO ELÍAS ORTIZ: *Lingüística colombiana. Familia Mocoa o Koche*. — FERNANDO

DÍEZ DE MEDINA: *Introducción al Ande y su habitante. Notas para una estética de la montaña*. Presentación de Bolivia: un millón de kilómetros cuadrados... Tres millones de habitantes, con predominio de indios y mestizos y minoría blanca... Colonialismo económico... Invertebración política y social... Una comunidad que se esfuerza en ser nación... Pero "tierra nocturna, en concentrada espera...". "¿De dónde volverán las voces esenciales? Acaso no de los litorales ni del trópico, donde el poblador se abandona al dominio del mundo material, sino de la prisión frígida de las altas mesetas, donde obligado por un medio hostil a revertir sobre sí mismo, el hombre jamás deja de tener conciencia de su espíritu, incubando en la soledad y en el silencio las fuerzas decisivas". — JESÚS SANIN ECHEVERRI, S. J.: *Psicología religiosa del pueblo ruso*. El testimonio de escritores como León Tolstoi, Fedor Dostoiewski e Iván Turguenief demuestra que la nota característica del gran pueblo ruso es una religiosidad profundamente arraigada. — GUILLERMO DE LA CUESTA COCK: *Características esenciales de los instrumentos negociables*. — *Bibliografía. Notas. Información universitaria*. — *Cuadernillos de Poesía colombiana*, N° 9, BALTASAR URIBE ISAZA, estudio y selección de René Uribe Ferrer.



INTELIGÊNCIA, Mensário da opinião mundial, São Paulo, Janeiro de 1942.

Aos nossos leitores. Con este número 85 *Inteligência* entra en su octavo año de vida. — BALDOMERO SANIN CANO: *O élo político das nações americanas*. Algunas consideraciones sobre el momento actual y su futuro. Las naciones americanas no se eximirán de

las grandes transformaciones que han de seguir a esta guerra: mayor justicia social y una distribución más equitativa de los bienes de la tierra. — STANLEY JOHNSTONE: *O angustiante problema dos combôios marítimos*. — H. GORDON MINNIGERODE: *A importância estratégica de Singapura*. — ADOLFO D. HOLMBERG: *A reconstrução política do mundo*. (Artículo aparecido en *Nosotros*, septiembre de 1941). — GEORGE KENT: *Birmânia — a linha de vida da China*. — BRYAN S. MACAN: *Uma nova arma de guerra: o avião estratosférico*. — BURNHAM FINNEY: *O custo fabuloso dos navios de guerra*. — PHILIPP FRANK: *O Universo é finito ou infinito?* — WILLIAM H. BARTON, JR: *Haverá habitantes no planeta Marte?* — D. R. H. J. BARRET: *O sal, no drama da vida*. — JUAN MARIN: *A arte da pintura na China*. Lin Yutang observa que la pintura china estuvo condicionada desde su comienzo por dos fuerzas ajenas: en la técnica, por la caligrafía, en el espíritu, por la poesía. — HENRICHS HODGE: *O coco — amigo do homem*.

VIEW, "through the eyes of poets", 7-8, Surrealist number, edited by Nicolas Calas, octubre-noviembre 1941, New York.

Interview with Andre Breton: Contestaciones a las siguientes preguntas: ¿Ha soñado alguna vez con Hitler? ¿Qué le parecen los alrededores de Nueva York? En vista de los acontecimientos actuales, ¿qué piensa Vd. que cambiará en el arte? Ha leído el reciente artículo de Aragon en "The Clipper"? ¿Cuál es la orientación actual del surrealismo? ¿Cree oportuno un tercer manifiesto del surrealismo? Son interesantes las respuestas de André Breton. Señala los ele-

mentos del surrealismo que han muerto, los que aún perduran y los que están comenzando. — GEORGES HENEIN: *Message from Cairo*. To Poets in America. — ANDRE MASSON: *The Bed of Plato*. — KURT SELIGMANN: *An Eye for a Tooth*. — NICOLÁS CALAS: *The Light of Words*. (Fragmento de un futuro libro: "Confound the Wise"). Afirma la indudable lucidez del poeta y la defiende contra algunas actitudes de los psicoanalistas. "It is too much to ask of the psychoanalyst that he understand the magic light of words. He will tell us after each of his analyses, whether his subject be Baudelaire or Poe, that their words emerge from darkness. Evidently! But as long as the psychoanalyst explores without love the work of the poet, we shall see in the eyes of this mediocre savant only the sad silence of the blindman's gaze."

VIEW, "through the eyes of poets", 9-10, diciembre 1941, enero 1942, New York.

PIERRE MABILLE: *The destruction of the world*. Psicología del sadismo y reflexiones al margen. Pero mucha "literatura". — PARKER TYLER: *Every man is his own private detective*. Aún no podemos juzgar la exactitud de este elogioso artículo sobre la película *The Maltese Falcon* ("It is an unconscious masterpiece"). — JOSEPH CORNELL: "Enchanted Wanderer". Excerpt from a Journey. Album for Hedy Lamarr. — HILARY ARM: *Nostradamus against the Gods*. — Poetry: NICHOLAS MOORE: *Four Poems* (*The lying dead. I left my baby. Love paints its pictures. Song*). — MANUEL MORENO JIMENO: *The damned*. — ROBERT HORAN: *By Hallucination visited*. — ELEONORA CARRINGTON: *White Rabbits*. — JOHN B. L. GOODWIN: *Re-*

marks on the polymorphic image. — FORREST ANDERSON: *Written from Limbo.* — ROSAMEL DEL VALLE: *The tree more beautiful than paradise.* — CLARK MILLS: *A few words of advice to Beggars.*

M. V. P.

THE SOUTHERN REVIEW, Estados Unidos, Invierno de 1942.

Este número de la revista está dedicado a la memoria de William Butler Yeats. — T. S. ELIOT: *The poetry of W. B. Yeats.* Conferencia pronunciada para los miembros de la academia Irlandesa en el Abbey Theatre, June 1940. Comienza: "Habéis instituído un ciclo de conferencias anuales en homenaje al poeta más grande de nuestra época —sin duda alguna, el más grande de esta lengua y, por lo que yo puedo apreciar, de todas las lenguas". Eliot analiza la poesía de Yeats en dos puntos: lo considera como el poeta capaz de transmitir la emoción juvenil con el lenguaje del hombre maduro, lo ve como un ejemplo de honestidad intelectual capaz de enfrentar la edad madura sin ahogarse en recuerdos juveniles ni convertirse en predicador. Los jóvenes le aman, los viejos le temen ¿lo rechazaríamos nosotros si pensáramos como él en lo que el hombre es y sigue siendo? "*You think it horrible that lust and rage — should dance attendance upon my old age — They were not such a plague when I was young — What else have I to spur me into song*". — DELMORE SCHWARTZ: *An unwritten book.* El crítico imagina un libro no escrito aún sobre la obra de Yeats. Expone la nacionalidad a que debería pertenecer el autor. Propone que sea el poeta de un país oprimido, durante un período de actividad nacionalista, que haya sido educa-

do en el país del opresor y que sea leído allí. El autor de ese libro imaginario debe conocer la evolución política de Irlanda, el folklore y los misterios de los mitos populares irlandeses, la proyección de Yeats en prosa y poesía, sus *Autobiographies* y sus poemas líricos; estudiar su técnica en el manejo de metros y, más que nada, distinguir su diversidad de significados y matices de interpretación. — JOHN CROWE RANSOM: *The Irish, the Gaelic, the Byzantine.* Análisis del poema "*Sailing to Byzantium.* Lo mágico y sobrenatural domina lo religioso. Enumeración de algunos poemas con elemento irlandés y gaélico. En este brillante ensayo hay una revisión de la concepción Aristotélica y Platónica, de las doctrinas estéticas de Kant y Hegel de los términos, "materialismo, romanticismo, naturalismo", para poder exponer así con precisión el elemento teológico, humano y materialista en la obra de Yeats. — KENNETH BURKE: *On Motivation in Yeats,* Burke, con la originalidad que le distingue, centraliza este ensayo en el poema *The Vision* y, analizándolo, nos aclara el simbolismo en la obra poética de Yeats. — MORTON DAUWEN ZABEL: *The thinking of the body: Yeats in the Autobiographies.* "La *Autobiography* constituye una obra monumental por su juicio sobre el arte moderno". Al comentar la autobiografía de Yeats, Zabel expone las corrientes literarias del siglo XIX, dedica especial atención a la influencia de Blake y Coleridge y a la de los simbolistas franceses en la obra de Yeats. — ALLEN TATE: *Yeats Romanticism: notes and suggestions:* termina "el romanticismo de Yeats será creado por sus críticos". — AUSTIN WARREN: *Religio, Poetae.* Yeats necesitaba de la religión más como hombre que como poeta. — R. P. BLACKMUR: *Between Myth and Philo-*

sophy: *fragments of W. B. Yeats*. "Ningún poeta de los tiempos modernos ha basado su obra en un sistema filosófico tan vasto como el que Yeats presenta en su poema *The Vision*."

THE NEW REPUBLIC, Estados Unidos, enero de 1942.

MAX WERNER: *Moscow and Pearl Harbour*. "Quizás la venganza más satisfactoria ante el fracaso de *Pearl Harbour* pueda obtenerse en el Mediterráneo con los ojos anglo-americanos mirando hacia la Europa occidental y meridional". — SALOMON BOOM: *Weather Report*. Una nota sobre el libro de Max Lerner, *Ideas for the ice age*, no comparte la opinión de Lerner en cuanto a las excelencias de un idealismo práctico para resolver los problemas actuales. Acepta que se pueda conciliar una sociedad disciplinada con la libertad individual, el interés nacional con la fraternidad universal, el tecnicismo con el humanismo. — HUBERT HERRING: *Latin America Background*. Comenta la obra de William Lytle Schurz, *Latin America*. "Por fin hay un hombre atraído por las repúblicas latinoamericanas sin romanticismo, capaz de presentarnos a sus personalidades sin condenarlas o exaltarlas y de ver la evolución de las veinte repúblicas bajo la luz de siglos de lucha". — OTTIS FERGUSON: *The spider in the web*. Nota breve sobre el libro de Curt Riess, *Total Espionage*". Riess ha sabido exponer los puntos principales de la estrategia hitlerista, en su organización del espionaje y en las manipulaciones de los saboteadores, con absoluta imparcialidad". — QUINCEY HOWE: *Books about the war*. "Desde hace más de 10 años, buen número de libros nos ha ido preparando mentalmen-

te para la guerra, y los de esta época de guerra son inferiores a los que surgieron antes de ella"; — pasa a enumerar Vincent Sheenan's *Personal History*, Strachey's *The coming struggle for power*, Ernst Henry's *Hitler over Russia*, Witney Griswold's *Far Eastern Policy of the U. S. A.*, y James Burnham's *The managerial revolution*.

THE NEW REPUBLIC, Estados Unidos, Diciembre de 1941.

Este número de la revista está dedicado a escritores jóvenes. *Writers under thirty*. MILTON HINDU: *Proust and society*. "Proust no comprendió que no era él sino la sociedad la que estaba cambiando". — WILLIAM MEREDITH: *Two poems*. — EVE MERRIAM: *The sonnet for my husband*. — PETER TAYLOR: *Like the sad heart of Ruth* (a story). MALCOLM COWLEY: *The century was young*. Una nota sobre el libro de Aragon. Termina: la incertidumbre, el egoísmo, la falta de fe en la colectividad y la convicción de que todos los políticos son deshonestos, contribuyeron a formar el panorama mental y emocional de los intelectuales franceses de esta época, fueron el fondo contra el cual la corrupción y la traición pudieron florecer y producir un Pierre Laval", y Cowley comparte la opinión de Aragon al hacer estas apreciaciones.

THE SATURDAY OF LITERATURE, Estados Unidos, Febrero de 1942.

HOWARD MUNFORD JONES: *Dragon Seed*. Un ensayo sutil sobre la última novela de Pearl Buck. Jones se irrita visiblemente ante el exceso de villanías que la autora atri-

buye a los japoneses. Considera que el trillado lenguaje bíblico que Pearl Buck usa en sus novelas produce tedio, y que los elementos que entran en su ficción están demasiados alejados de la realidad. "Este libro será un éxito popular y un fracaso artístico". — RICHARD PLANT: *Menéndez...* Nota sobre la novela *Nayar*, cuyo autor obtuvo el premio en el concurso de novelistas latinoamericanos. — WILLIAM ROSE BENNT: *Poets of the month*, Theodore Spencer, Delmore Schwartz, John Wheelwright, Malcolm Cowley, cuyas poesías han aparecido en la editorial *New Directions* 1942.

THE KENYON REVIEW, Estados Unidos,
Invierno de 1942.



PAUL GOODMAN: *Frank Lloyd Wright on architecture*. — ROBERT PENN WARREN: *Ka-*

therine Anne Porter: "Pertenece a ese número relativamente pequeño de cuentistas que han producido un trabajo consistente, original y vital". — DELMORE SCHWARTZ: *An argument in 1934*. Discusión de los intelectuales en la biblioteca nacional de New York. — DANIEL AARON: *Parrington Plus*. Considera que Matthiessen, en su libro *American Renaissance*, arroja una luz clara sobre las personalidades de Thoreau, Emerson, Hawthorne, Melville, Whitman, ajustándose estrictamente a su línea estética en el análisis de esas personalidades, técnica que Parrington no ha utilizado. Comenta el trabajo de investigación que Matthiessen ha seguido y da una serie de detalles sobre el *organic principle* (la fusión de lo concreto y lo simbólico, o la reconciliación de la acción y la contemplación).

S. K.

I N D I C E

| | Pág. |
|--|------|
| Centenario de Stendhal: Henri Beyle y sus ardides con el futuro, por <i>Guillermo de Torre</i> | 7 |
| La esperanza europea, por <i>María Zambrano</i> | 12 |
| Píramo, por <i>J. R. Wilcock</i> | 32 |
| Las noches de Goliadkin, por <i>H. Bustos Domecq</i> | 34 |

N O T A S

| | |
|---|----|
| LOS LIBROS: Eduardo Mallea: "El Sayal y la Púrpura", por <i>Ana M. Berry</i> | 51 |
| Joaquín Xirau: "Amor y Mundo", por <i>José Ferrater Mora</i> | 53 |
| Tristán Fernández: "Cárcel de tiempo", por <i>Raimundo Lida</i> | 56 |
| Victoria Ocampo: "San Isidro", por <i>Enrique Amorim</i> | 58 |
| Carlos Cossio: "La plenitud del orden jurídico y la interpretación judicial de la ley", por <i>Arturo Monfort</i> | 60 |
| Alfredo Coviello: "El sentido integral de las universidades regionales", por <i>Bernardo Canal Feijóo</i> | 62 |
| CINEMATÓGRAFO: "La maestra de los obreros", de Edmundo de Amicis, en la pantalla, por <i>Victoria Ocampo</i> | 67 |
| LAS REVISTAS, por <i>M. V. P. y S. K.</i> | 71 |



Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 037921
Título de marca N° 159.486.

ESTE NONAGÉSIMO NÚMERO DE "SUR"
ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA TREINTA
Y UNO DE MARZO DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y DOS EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES

Vient de paraître le numéro 3 de
LETTRES FRANÇAISES

Cahiers trimestriels de littérature française, édités par les soins de la revue SUR avec la collaboration des écrivains français résidant en France et à l'Étranger.

SOMMAIRE:

A. BRETON et A. MASSON: Le Dialogue Créole.
LOUIS GILLET: Joyce Vivant I.

ANTHOLOGIE DE LA NOUVELLE POÉSIE FRANÇAISE. II

YASSU GAUCLÈRE: Une petite fille et Dieu.
E. NOULET: Bergson et Valéry.

TEXTES À RELIRE:

JOSEPH DE MAISTRE: La Campagne de Russie.
BENJAMIN CONSTANT: De l'esprit de conquête.

L'ACTUALITÉ LITTÉRAIRE

Revue des Revues: La Revue des Deux-Mondes, Cité Nouvelle, Esprit, Verve, La France Libre. — *Revue des Livres*: Drieu La Rochelle: Écrits de Jeunesse; ROGER SECRÉTAINE: Péguy, soldat de la liberté; ANDRE CHÉRADAME: Défense de l'Amérique; JULIEN GREEN: Varouna; COMTE SFORZA: Les Italiens tels qu'ils sont; MAX BEER: La guerre n'a pas eu lieu; MARIE ALAIN COUTURIER, O. P.: Art et Catholicisme.

BULLETIN DE SOUSCRIPTION

(à retourner à la Revue SUR, Viamonte 548)

Nom

Adresse

Abonnement à la série de 4 cahiers ¹:

| | | | | |
|--|--------------|----------|-------------|----------------|
| Simple | Argentine \$ | 5,— | Étranger \$ | 1,50 (dollars) |
| De soutien (exemplaires de luxe) .. . | " | \$ 20,— | " | \$ 6,— " |
| De Fondation (exemplaires sur papier pur fil, en nombre strictement limité, numérotés de A à Z) | " | \$ 100,— | " | \$ 30,— " |

Les souscriptions sont reçues à la revue SUR (Viamonte 548; U. T.: 21-3220). Buenos Aires. Rep. Argentina. — Les paiements peuvent être effectués par chèque ou mandat postal, national ou international, au nom de la revue SUR.

¹ Rayer les formules inutiles.

HAN APARECIDO

SAN ISIDRO

————— *por* VICTORIA OCAMPO

Con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen. ★ (\$ 16.-)

TRES GUINEAS

————— *por* VIRGINIA WOLFF

Un libro constructivo y seductor. Todos los hombres conscientes deben leerlo, y no sólo leerlo, sino estudiarlo, todas las mujeres responsables que tengan algún deseo de ayudar a la humanidad. ★ (\$ 3.50)

EL DESTINO DEL HOMO SAPIENS

————— *por* H. G. WELLS

Los orígenes de la guerra actual. Juicio magistral sobre el nazismo, el comunismo y la democracia. ★ (\$ 3.50)

¿CAMBIAR EL MUNDO O
CAMBIAR EL HOMBRE?

————— *por* DENIS DE ROUGEMONT

La única solución, para el cristiano, del problema esencial de nuestro tiempo. ★ (\$ 1.-)

UN BÁRBARO EN ASIA

————— *por* HENRI MICHAUX

El libro más concreto, más vívido, a veces más cínico, sobre el Asia. ★ (\$ 3.-)

GARCÍA LORCA
PERSONA Y CREACIÓN

————— *por* ALFREDO DE LA GUARDIA

Apuntes biográficos y exégesis del gran poeta andaluz. ★ (\$ 3.-)

EDITIONS DES LETTRES FRANÇAISES

HEMOS

adquirido

PRESTIGIO

como impresores de libros

Esta consagración no solamente se debe a la pulcritud y perfección, ya indiscutible, de cada obra que sale de nuestras prensas, sino también al excelente servicio y colaboración que prestamos a los autores. Para ello contamos con verdaderos artistas egresados de las más importantes escuelas del libro, y con un cuerpo de expertos correctores que poseen vasta erudición y amplios conocimientos técnicos. Disponemos asimismo de una gran maquinaria moderna, con un sinnúmero de implementos mecánicos y un surtido enorme de tipos procedentes de las mejores fundiciones del mundo, lo cual nos permite adaptar con toda justeza la letra adecuada para cada obra, según su índole.

Nuestra organización perfecta en sus más mínimos detalles **CON MAS DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA, EN CONSTANTE SUPERACION AL SERVICIO DEL LIBRO,** nos permite producir las mejores ediciones a precios sumamente moderados.

ANTES DE IMPRIMIR SU OBRA
CONSULTENOS

IMPRENTA LOPEZ

al servicio del libro

PERU 666 BUENOS AIRES
TELEFONOS: 33, AVENIDA 5261 y 6917

**LE ROMAN
POLICIER**

por

Roger Caillois

★

(\$ 1.80 m/n.)

**POÈMES
DE LA
FRANCE
MALHEUREUSE**

por

Jules Supervielle

★

(\$ 1.20 m/n.)

Acaban de aparecer

- SEXO Y CARÁCTER, por *Otto Weininger* \$ 7.—
Uno de los libros más impresionantes y discutidos de toda la filosofía contemporánea. Una biología y una metafísica de los sexos, y rodeada de este tema central, una serie de profundos estudios sobre los problemas de la personalidad, la caracterología, la lógica, la ética y la estética.
- PANORAMA DEL NUEVO TEATRO, por *José María Monner Sans* „ 4.—
Un estudio completo de las tendencias y figuras teatrales más significativas, desde Ibsen hasta el día.
- ARCHIPIÉLAGO (TIERRA DEL FUEGO) por *Ricardo Rojas* .. „ 4.—
El gran maestro de la literatura argentina hace aquí un cabal análisis histórico y social de los confines australes.
- FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN, por *August Messer* „ 4.—
Las ideas fundamentales de la filosofía en sus relaciones con la educación tanto en el orden lógico como en el estético y moral.
- EL JARDÍN DE LOS SENDEROS QUE SE BIFURCAN, por *Jorge Luis Borges* „ 2.80
Una muerte simbólica, una biblioteca infinita, una lotería implacable, un libro que abolirá la realidad. Originalísimos cuentos de un gran prosista argentino.
- PSICOLOGÍA, por *Luis Juan Guerrero*. 3ª edición „ 5.50
- LA LIBERTAD, LA EXISTENCIA Y EL SER, por *Miguel Ángel Virasoro* „ 5.—
- SONETOS, por *Julia Prilutzky Farny de Zinni* „ 3.—
- HISTORIA ECONÓMICA DE ESTADOS UNIDOS, por *Edward C. Kirkland* „ 15.—
- ELEMENTOS DE BIBLIOTECOLOGÍA, por *Domingo Buonocore* .. „ 2.—
- EL REGRESO DEL HIJOPRÓDIGO, por *André Gide*. — HOMBRE ADENTRO, por *Francisco de Aldana*. — EL PURGATORIO, por *Santa Catalina*. — ¿QUÉ ES LA METAFÍSICA? Cada tomo .. „ 1.—
- HISTORIA DE LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO, por *J. B. Bury* „ 2.50
- PRÓLOGO A LA CIENCIA POLÍTICA, por *Charles E. Merriam* .. „ 2.50
- CUADERNOS AMERICANOS N° 1 (REVISTA DE MÉXICO) „ 3.—

EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131

BUENOS AIRES